



Stefan Zweig

Noche
Fantástica

E LEJANDRIA



Stefan Zweig

Noche
Fantástica

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

NOCHE FANTÁSTICA

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1922
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: IM INSEL-VERLAG ZU LEIPZIG, 1922

NOCHE FANTÁSTICA

Los siguientes apuntes se encontraron en un paquete sellado en el escritorio del barón Friedrich Michael von R..., después de que cayera en otoño de 1914 como teniente de reserva austríaco en un regimiento de dragones durante la batalla de Rawaruska. Dado que la familia, por el título y una ojeada superficial a estas hojas, supuso que se trataba únicamente de una obra literaria de su pariente, me entregaron los apuntes para su examen y me confiaron su publicación. Personalmente, no considero en absoluto que estas hojas sean un relato inventado, sino una vivencia real, verídica en todos sus detalles, del difunto, y publico, omitiendo su nombre, esta autorrevelación anímica sin ninguna alteración ni añadido.

*

Esta mañana, de repente, se me ocurrió la idea de que debería escribir para mí la vivencia de aquella noche fantástica, para poder abarcar de una vez, de forma ordenada, todo el acontecimiento en su secuencia natural. Y desde ese súbito segundo siento un impulso inexplicable de representarme aquella aventura en la palabra escrita, aunque dudo de poder describir ni siquiera aproximadamente la singularidad de los sucesos. Me falta todo lo que se llama talento artístico, no tengo ninguna práctica en asuntos literarios y, aparte de algunos productos más bien jocosos en el Theresianum, nunca he intentado nada en el campo de la escritura. No sé, por ejemplo, si existe una técnica que se pueda aprender especialmente para ordenar la sucesión de los acontecimientos externos y su simultáneo reflejo interno, y me pregunto también si seré capaz de dar siempre

a la idea la palabra justa, y a la palabra, el sentido justo, y ganar así ese equilibrio que desde siempre he percibido inconscientemente al leer a todo buen narrador. Pero escribo estas líneas solo para mí, y no están en modo alguno destinadas a hacer comprensible a otros algo que apenas soy capaz de explicarme a mí mismo. Son solo un intento de saldar cuentas, en cierto sentido, de una vez por todas, con un suceso que me ocupa ininterrumpidamente y me agita en una dolorosa y bullente fermentación; de fijarlo, de ponerlo ante mí y de abarcarlo desde todos los lados.

No he contado esta peripecia a ninguno de mis amigos, precisamente por ese sentimiento de que no podría hacerles comprender lo esencial de ella, y también por una cierta vergüenza de haberme visto tan conmovido y trastornado por un asunto tan casual. Porque el todo no es en realidad más que una pequeña vivencia. Pero al escribir ahora esta palabra, empiezo ya a notar lo difícil que resulta para alguien sin práctica elegir las palabras con su justo peso al escribir, y qué ambigüedad, qué posibilidad de malentendido se vincula al vocablo más simple. Pues si califico mi vivencia de «pequeña», lo digo, naturalmente, solo en sentido relativo, en contraste con los gigantescos acontecimientos dramáticos por los que se ven arrastrados pueblos y destinos enteros, y lo digo, por otra parte, en sentido temporal, porque todo el suceso no abarca un espacio mayor que apenas seis horas. Para mí, sin embargo, esta vivencia —en sentido general, pequeña, insignificante y sin importancia— fue tanto, tantísimo, que hoy —cuatro meses después de aquella noche fantástica— todavía ardo por ella y debo tensar todas mis fuerzas espirituales para conservarla en mi pecho. Diaria, horariamente, me repito todos sus detalles, pues en cierto modo se ha convertido en el eje de toda mi existencia; todo lo que hago y digo está inconscientemente determinado por ella, mis pensamientos se ocupan únicamente de repetir una y otra vez su súbito acontecer y, mediante esta repetición, confirmármela como posesión. Y ahora, de repente, sé también lo que hace diez minutos, cuando tomé la pluma, aún no sospechaba conscientemente: que si escribo ahora esta vivencia es

solo para tenerla ante mí de forma completamente segura y, por así decirlo, fijada objetivamente, para volver a disfrutarla en el sentimiento y, al mismo tiempo, captarla espiritualmente. Es del todo falso, del todo incierto, lo que dije antes, que quería saldar cuentas con ella al escribirla; al contrario, solo quiero que lo vivido demasiado deprisa sea aún más vivo, ponerlo a mi lado, cálido y palpitante, para poder abrazarlo una y otra vez. Oh, no temo olvidar ni un solo segundo de aquella tarde bochornosa, de aquella noche fantástica, no necesito señales, ni hitos, para recorrer en el recuerdo, paso a paso, el camino de aquellas horas: como un sonámbulo, regreso en cualquier momento, en pleno día, en plena noche, a su esfera, y veo cada detalle en ella con esa clarividencia que solo el corazón conoce, y no la blanda memoria. Podría dibujar aquí mismo, sobre el papel, los contornos de cada una de las hojas del paisaje reverdecido por la primavera; todavía siento, ahora en otoño, muy suavemente, el humo blando y polvoriento de las flores del castaño; así que, si describo una vez más estas horas, no es por miedo a perderlas, sino por la alegría de reencontrarlas. Y si ahora represento, en su exacta sucesión, las transformaciones de aquella noche, tendré que contenerme en aras del orden, pues apenas pienso en los detalles, una especie de éxtasis se eleva de mi sentimiento, una suerte de embriaguez se apodera de mí, y debo contener las imágenes del recuerdo para que no se precipiten unas sobre otras en una colorida borrachera. Todavía vivo con apasionado ardor lo vivido, aquel día, aquel 7 de junio de 1913, cuando al mediodía tomé un fiacre...

Pero una vez más, siento que debo detenerme, pues de nuevo me espanta la doblez, la polisemia de una sola palabra. Ahora, que por primera vez debo contar algo de forma coherente, me doy cuenta de lo difícil que es captar en una forma compacta aquello que es fluido y que, sin embargo, significa todo lo vivo. Acabo de escribir «yo», he dicho que yo, el 7 de junio de 1913, tomé un fiacre al mediodía. Pero esta palabra ya sería una imprecisión, pues aquel «yo» de entonces, de aquel 7 de junio, hace tiempo que ya no lo soy, aunque solo hayan pasado cuatro meses desde entonces, aunque viva en el

apartamento de aquel «yo» de entonces y escriba en su escritorio con su pluma y con su propia mano. De aquel hombre de entonces estoy, y precisamente a través de aquella vivencia, completamente desligado; lo veo ahora desde fuera, totalmente ajeno y frío, y puedo describirlo como a un compañero de juegos, un camarada, un amigo del que sé muchas cosas esenciales, pero que, sin embargo, yo mismo ya no soy en absoluto. Podría hablar de él, reprenderlo o condenarlo, sin sentir en absoluto que una vez me perteneció.

El hombre que yo era entonces se diferenciaba en poco, externa e internamente, de la mayoría de los de su clase social, a la que especialmente aquí, en Viena, se suele llamar la «buena sociedad» sin especial orgullo, sino como algo completamente natural. Entraba en mi trigésimo sexto año, mis padres habían muerto pronto y, justo antes de mi mayoría de edad, me habían dejado una fortuna que resultó ser lo suficientemente abundante como para ahorrarme por completo, de ahí en adelante, la idea del trabajo y de la carrera. Así se me quitó de encima, inesperadamente, una decisión que entonces me inquietaba mucho. Acababa de terminar mis estudios universitarios y me encontraba ante la elección de mi futura profesión, que probablemente, gracias a nuestras relaciones familiares y a mi inclinación, ya temprana, por una existencia tranquila y contemplativa, habría recaído en el servicio público, cuando esta fortuna paterna cayó sobre mí como único heredero y me aseguró una súbita independencia sin trabajo, incluso en el marco de deseos ambiciosos y hasta lujosos. La ambición nunca me había acosado, así que decidí primero observar la vida durante un par de años y esperar hasta que finalmente me sedujera para encontrar yo mismo un campo de actividad. Pero todo quedó en esa observación y espera, pues como no deseaba nada extraordinario, lo alcancé todo en el estrecho círculo de mis deseos; la suave y voluptuosa ciudad de Viena, que como ninguna otra eleva el pasear, el contemplar ocioso, el ser elegante, a una perfección casi artística, a un propósito vital, me hizo olvidar por completo la intención de una actividad real. Tenía todas las satisfacciones de un joven elegante, noble, rico, apuesto y, además, sin ambiciones; las

tensiones inofensivas del juego, de la caza, las renovaciones periódicas de los viajes y excursiones, y pronto empecé a construir esta existencia contemplativa cada vez más con sabio esmero e inclinación artística. Coleccionaba cristales raros, menos por una pasión interna que por la alegría de alcanzar, dentro de una actividad sin esfuerzo, coherencia y conocimiento; adorné mi apartamento con un tipo especial de grabados barrocos italianos y con paisajes al estilo de Canaletto, cuyo hallazgo en anticuarios o adquisición en subastas estaba lleno de una tensión propia de la caza, pero no peligrosa; practicaba muchas cosas con inclinación y siempre con gusto, rara vez faltaba a la buena música y a los talleres de nuestros pintores. Con las mujeres no me faltaba el éxito, también aquí, con el secreto instinto de coleccionista que de alguna manera apunta a una desocupación interna, había acumulado muchas horas memorables y preciosas de vivencias, y aquí, poco a poco, del mero disfrutador me fui elevando a sabio conoedor. En conjunto, había vivido mucho de lo que me llenaba agradablemente el día y me hacía sentir mi existencia como rica, y cada vez más empecé a amar esta atmósfera tibia y placentera de una juventud a la vez animada y nunca conmovida, casi ya sin nuevos deseos, pues cosas muy insignificantes podían ya desplegarse en una alegría en el aire encalmado de mis días. Una corbata bien elegida podía casi hacerme feliz, un libro hermoso, una excursión en automóvil o una hora con una mujer podían colmarme por completo. Me sentaba especialmente bien en esta forma de existencia mía que de ninguna manera, como un traje inglés impecablemente correcto, llamara la atención de la sociedad. Creo que se me consideraba una aparición agradable, era apreciado y bien recibido, y la mayoría de los que me conocían me llamaban un hombre feliz.

Ahora ya no sé decir si aquel hombre de entonces, al que me esfuerzo por traer a la memoria, se sentía a sí mismo tan feliz como aquellos otros; pues ahora, que a partir de aquella vivencia exijo para cada sentimiento un sentido mucho más pleno y colmado, toda valoración retrospectiva me parece casi imposible. Sin embargo, puedo decir con certeza que en aquel tiempo no me sentía en

absoluto infeliz, pues casi nunca mis deseos quedaban insatisfechos y mis exigencias a la vida sin respuesta. Pero precisamente esto, el haberme acostumbrado a recibir del destino todo lo que pedía y a no exigirle nada más allá, precisamente esto engendró poco a poco una cierta falta de tensión, una falta de vida en la vida misma. Lo que entonces se agitaba anhelante en mí, inconscientemente, en algunos momentos de semi-conocimiento: no eran propiamente deseos, sino solo el deseo de tener deseos, el anhelo de desear con más fuerza, más desenfreno, más ambición, más insatisfacción; de vivir más y quizá también de sufrir. Había eliminado de mi existencia, mediante una técnica demasiado razonable, todas las resistencias, y en esta ausencia de resistencias mi vitalidad se debilitaba. Me di cuenta de que deseaba cada vez menos, cada vez más débilmente, que una especie de parálisis había llegado a mi sentimiento, que —quizá sea esta la mejor manera de expresarlo— sufría de una impotencia anímica, una incapacidad para la posesión apasionada de la vida. Reconocí primero esta carencia en pequeñas señales. Me llamó la atención que en el teatro y en la sociedad, en ciertos eventos sensacionales, faltaba cada vez más a menudo, que encargaba libros que me habían elogiado y luego los dejaba semanas enteras sobre el escritorio sin abrirlos, que, aunque mecánicamente seguía coleccionando mis aficiones, comprando cristales y antigüedades, luego no los clasificaba ni me alegraba especialmente del hallazgo inesperado de una pieza rara y largamente buscada.

Pero me hice verdaderamente consciente de esta transitoria y leve disminución de mi fuerza tensional anímica en una ocasión determinada, que todavía recuerdo con claridad. Estaba en verano —también por esa extraña pereza que no se sentía vivamente atraída por nada nuevo— en Viena, cuando de repente recibí de un balneario la carta de una mujer con la que me unía una relación íntima desde hacía tres años y de la que incluso creía sinceramente que la amaba. Me escribía en catorce páginas alteradas que en esas semanas había conocido allí a un hombre que se había convertido en mucho, sí, en todo para ella, que se casaría con él en otoño y que nuestra relación debía terminar. Recordaba sin remordimiento,

incluso con felicidad, el tiempo pasado conmigo, el pensamiento de mí la acompañaría a su nuevo matrimonio como lo más querido de su vida pasada, y esperaba que yo le perdonara su súbita decisión. Tras esta comunicación objetiva, la agitada carta se excedía en súplicas verdaderamente conmovedoras para que no me enfadara con ella y no sufriera demasiado por esta repentina negativa, que no intentara retenerla por la fuerza ni cometiera una locura contra mí mismo. Las líneas se sucedían cada vez más febriles: que encontrara consuelo en una mejor, que le escribiera de inmediato, pues estaba angustiada por cómo recibiría esta noticia. Y como posdata, escrita a toda prisa con lápiz, añadía: «¡No hagas ninguna locura, compréndeme, perdóname!».

Leí esta carta, primero sorprendido por la noticia y luego, tras hojearla, una segunda vez, y ahora con una cierta vergüenza que, al hacerse consciente, se convirtió rápidamente en un espanto interior. Pues ninguna de todas las fuertes y, sin embargo, naturales emociones que mi amada daba por sentadas se había agitado en mí ni siquiera remotamente. No había sufrido con su noticia, no me había enfadado con ella y, desde luego, ni por un segundo había pensado en un acto de violencia contra ella o contra mí, y esta frialdad de sentimiento en mí era, sin embargo, demasiado extraña como para no haberme asustado a mí mismo. Una mujer se apartaba de mí, una mujer que había acompañado años de mi vida, cuyo cálido cuerpo se había abierto elásticamente al mío, cuyo aliento se había mezclado con el mío en largas noches, y nada se movía en mí, nada se oponía, nada intentaba reconquistarla, nada de todo lo que el puro instinto de esta mujer debía dar por sentado en un hombre de verdad sucedía en mi sentimiento. En ese instante fui por primera vez plenamente consciente de lo avanzado que estaba en mí el proceso de parálisis: me deslizaba como sobre agua corriente y especular, sin estar aferrado, sin estar arraigado en ninguna parte, y sabía con toda certeza que esta frialdad era algo muerto, cadavérico, aún no rodeado, es cierto, por el fétido aliento de la descomposición, pero ya una rigidez sin remedio, una crueldad

fría e insensible, el minuto, pues, que precede a la verdadera muerte física, a la decadencia también visible externamente.

Desde aquel episodio comencé a observarme a mí mismo y a esta extraña rigidez sentimental como un enfermo observa su enfermedad. Poco después murió un amigo mío y, mientras caminaba detrás de su ataúd, ausculté mi interior para ver si no se agitaba en mí una pena, si algún sentimiento se tensaba ante la conciencia de que este hombre, cercano a mí desde la infancia, se había perdido para siempre. Pero no se movió nada, me sentía como algo de cristal, a través de lo cual las cosas brillaban sin estar nunca dentro, y por mucho que me esforzara en esta y otras ocasiones similares por sentir algo, incluso por persuadirme a sentir con argumentos racionales, no obtenía respuesta alguna de aquella rigidez interior. La gente me abandonaba, las mujeres iban y venían, apenas lo notaba de forma distinta a como uno, sentado en su habitación, nota la lluvia en los cristales; entre lo inmediato y yo había una especie de pared de cristal que no tenía la fuerza de romper con la voluntad.

Aunque ahora sentía esto con claridad, este conocimiento no me producía una verdadera inquietud, pues ya he dicho que incluso las cosas que me concernían a mí mismo las tomaba con indiferencia. Tampoco para el sufrimiento tenía ya suficiente sentimiento. Me bastaba con que este defecto anímico fuera tan poco perceptible desde fuera como, por ejemplo, la impotencia física de un hombre, que no se revela más que en el instante íntimo, y a menudo, en sociedad, mediante una artificial fogosidad en la admiración, mediante espontáneas exageraciones de conmoción, ponía una cierta ostentación en ocultar cuán interiormente indiferente y muerto me sabía. Externamente, continuaba mi vieja vida cómoda y sin trabas, sin cambiar su dirección; las semanas, los meses se deslizaban fácilmente y se llenaban lentamente, oscuramente, hasta convertirse en años. Una mañana vi en el espejo una franja gris en mi sien y sentí que mi juventud quería pasar lentamente a otro mundo. Pero lo que otros llamaban juventud, en mí había terminado hacía mucho tiempo. Así que la despedida no dolió especialmente,

pues tampoco amaba lo suficiente mi propia juventud. También hacia mí mismo callaba mi sentimiento desafiante.

Debido a esta inmovilidad interior, mis días se volvieron cada vez más uniformes a pesar de toda la diversidad de ocupaciones y acontecimientos; se sucedían sin énfasis uno tras otro, crecían y amarilleaban como las hojas de un árbol. Y de forma completamente ordinaria, sin ninguna particularidad, sin ningún presagio interno, comenzó también aquel único día que quiero volver a describirme a mí mismo. Aquel 7 de junio de 1913 me había levantado más tarde, por la sensación dominical que resonaba inconscientemente desde la infancia, desde los años escolares; había tomado mi baño, leído el periódico y hojeado libros; luego, seducido por el cálido día de verano que penetraba solícito en mi habitación, había salido a pasear, había cruzado como de costumbre el Graben, entre saludo y saludo de conocidos y amigos, había mantenido una conversación fugaz con alguno de ellos y luego había almorzado en casa de unos amigos. Para la tarde había evitado cualquier compromiso, pues me encantaba especialmente, en domingo, tener un par de horas libres e indivisas, que pertenecían entonces por completo al azar de mi humor, de mi comodidad o de alguna resolución espontánea. Cuando luego, viniendo de casa de mis amigos, crucé la Ringstrasse, sentí con agrado la belleza de la ciudad soleada y me alegré de su adorno de principios de verano. La gente parecía toda alegre y de algún modo enamorada de la dominicalidad de la calle colorida; muchas cosas particulares me llamaron la atención y, sobre todo, cómo los árboles, con su nuevo verdor, se alzaban frondosamente desde el asfalto. Aunque pasaba por aquí casi a diario, de repente me percaté de este gentío dominical como de un milagro, y sin querer me entró nostalgia de mucho verde, de claridad y de colorido. Recordé con un poco de curiosidad el Prater, donde ahora, a finales de la primavera, a principios del verano, los árboles corpulentos, como gigantescos lacayos verdes, se alzan a derecha e izquierda de la avenida principal, surcada por carruajes, y ofrecen inmóviles sus blancos corazones de flores a la multitud de gente elegante y arreglada. Acostumbrado a ceder de inmediato incluso al más fugaz de mis

deseos, llamé al primer fiacre que se cruzó en mi camino y, a su pregunta, le indiqué el Prater como destino.

—¿A las carreras, señor barón, no es así? —respondió con devota naturalidad.

Solo entonces recordé que hoy era un día de carreras muy de moda, una antesala del Derby, donde toda la buena sociedad vienesa se daba cita. «Extraño —pensé mientras subía al coche—, icómo habría sido posible hace unos años que yo me hubiera perdido u olvidado un día así!». De nuevo sentí, como un enfermo siente su herida al moverse, en este olvido, toda la rigidez de la indiferencia en la que había caído.

La avenida principal ya estaba bastante vacía cuando llegamos, las carreras debían de haber comenzado hacía tiempo, pues faltaba el desfile de carruajes, habitualmente tan suntuoso; solo unos pocos fiacres aislados se apresuraban con cascos crepitantes como si persiguieran un retraso invisible. El cochero se volvió en el pescante y preguntó si debía trotar deprisa; pero le ordené que dejara ir a los caballos tranquilamente, pues no me importaba llegar tarde. Había visto demasiadas carreras y demasiadas veces a la gente en ellas como para que llegar a tiempo fuera importante para mí, y se correspondía mejor con mi sentimiento indolente sentir el aire azul, en el suave balanceo del coche, como el mar desde la borda de un barco, susurrando suavemente, y contemplar con más calma los hermosos y frondosos castaños, que a veces entregaban al viento halagador y cálido algunos copos de flores para que jugara, que él luego levantaba y arremolinaba antes de dejarlos caer blancos sobre la avenida. Era agradable dejarse mecer así, presentir la primavera con los ojos cerrados, sentirse alado y transportado sin ningún esfuerzo: en realidad, me dio pena cuando el coche se detuvo en la Freudenu, ante la entrada. Hubiera preferido dar la vuelta, seguir dejándome mecer por el suave día de principios de verano.

Pero ya era demasiado tarde, el coche se detuvo ante el hipódromo. Un sordo estruendo me golpeó. Resonaba sordo y hueco, como un mar, detrás de las tribunas escalonadas, sin que yo

viera a la multitud agitada de la que emanaba ese ruido compacto, y sin querer recordé Ostende, cuando desde la ciudad baja se suben las pequeñas callejuelas hacia el paseo marítimo, sintiendo ya el viento salado y agudo silbar sobre uno y oyendo un sordo fragor, antes de que la vista se extienda sobre la amplia superficie gris y espumosa con sus olas atronadoras. Debía de estar en marcha una carrera, pero entre el césped sobre el que ahora sin duda corrían veloces los caballos y yo, se alzaba un humo coloreado y estruendoso, sacudido de un lado a otro como por una tormenta interior: la multitud de espectadores y jugadores. No podía ver la pista, pero sentía en el reflejo de la creciente excitación cada fase deportiva. Los jinetes debían de haber salido hacía tiempo, el pelotón haberse dividido y unos pocos luchar juntos por la cabeza, pues ya se desataban aquí y allá, entre la gente que vivía misteriosamente los movimientos para mí invisibles de la carrera, gritos y exclamaciones de agitación. Por la dirección de sus cabezas sentí la curva a la que los jinetes y los caballos debían de haber llegado ahora en el óvalo alargado de césped, pues cada vez más unánime, cada vez más compacto, todo el caos humano se agolpaba, como un único cuello estirado, hacia un punto de vista invisible para mí, y de ese único cuello tenso rugía y gorgoteaba con miles de voces individuales desmenuzadas una marea que espumeaba cada vez más alto. Y esta marea subía y crecía, llenando ya todo el espacio hasta el cielo indiferentemente azul. Miré algunos rostros. Estaban desfigurados como por un espasmo interior, los ojos fijos y centelleantes, los labios apretados, la barbilla adelantada con avidez, las aletas de la nariz dilatadas como las de un caballo. Me pareció divertido y horrible contemplar, sobrio, a estos borrachos descontrolados. A mi lado, de pie sobre una silla, había un hombre elegantemente vestido, con un rostro por lo demás probablemente bueno, pero ahora rabiaba, endemoniado por un demonio invisible; agitaba el bastón en el aire vacío como si azotara algo hacia adelante, todo su cuerpo —indeciblemente ridículo para un espectador— acompañaba apasionadamente el movimiento de la carrera. Como si estuviera en estribos, se balanceaba incesantemente con los talones sobre la silla, la mano derecha

lanzaba una y otra vez el bastón como una fusta al vacío, la izquierda arrugaba convulsivamente un papel blanco. Y cada vez más de estos papeles blancos revoloteaban, como salpicaduras de espuma, sobre esta marea grisácea y tormentosa que crecía ruidosamente. Ahora, en la curva, un par de caballos debían de estar muy juntos, pues de repente el estruendo se concentró en dos, tres, cuatro nombres individuales, que grupos aislados gritaban y vociferaban una y otra vez como gritos de guerra, y estos gritos parecían una válvula de escape para su delirante posesión.

Yo estaba en medio de esta atronadora locura, frío como una roca en el mar estruendoso, y todavía hoy sé decir exactamente lo que sentí en aquel minuto.

Lo ridículo, ante todo, de todos estos gestos grotescos, un desprecio irónico por lo populachero del estallido, pero también algo más, que me confesaba a regañadientes: una leve envidia por tal excitación, por tal ardor pasional, por la vida que había en ese fanatismo. ¿Qué tendría que suceder —pensé— para excitarme de tal manera, para ponerme en tal estado febril que mi cuerpo ardiera así, que mi voz brotara de mi boca contra mi voluntad? No podía imaginar ninguna suma cuya posesión pudiera encenderme de tal modo, ninguna mujer que me atrajera tanto, nada, no había nada que pudiera encender de mi sentimiento paralizado tal ardor. Ante una pistola repentinamente tensa, mi corazón, un segundo antes de paralizarse, no martillearía tan salvajemente como el de los mil, diez mil hombres a mi alrededor por un puñado de dinero. Pero ahora un caballo debía estar muy cerca de la salida, pues en un único grito, cada vez más agudo, de miles de voces, un nombre determinado se elevó ahora como una cuerda tensa del tumulto, para luego romperse estridentemente de repente. La música comenzó a tocar, de repente la multitud se deshizo. Una vuelta había terminado, una lucha decidido, la tensión se disolvió en un movimiento arremolinado, que solo oscilaba lánguidamente. La masa, que momentos antes era un haz ardiente de pasión, se descompuso en muchas personas individuales que corrían, reían, hablaban; rostros tranquilos reaparecieron detrás de la máscara menádica de la

excitación; del caos del juego, que por segundos había fundido a estos miles en un único terrón incandescente, se formaron de nuevo grupos sociales que se unían, se disolvían, personas que yo conocía y que me saludaban, extraños que se examinaban y observaban mutuamente con fría cortesía. Las mujeres se examinaban mutuamente sus nuevos trajes, los hombres lanzaban miradas deseosas, aquella curiosidad mundana que es la verdadera ocupación de los indiferentes comenzó a desplegar, se buscaban, se contaban, se controlaban la presencia y la elegancia. Apenas despiertos del delirio, toda esta gente ya no sabía si este interludio de paseo o el juego mismo era el propósito de su reunión social.

Caminé en medio de este tibio gentío, saludando y agradeciendo, respirando con agrado —pues era la atmósfera de mi existencia— el perfume de perfume y elegancia que flotaba sobre este caleidoscópico desorden, y con más alegría aún la leve brisa que desde las praderas del Prater, desde el bosque veraniego y cálido, lanzaba a veces su ola entre la gente y palpaba la muselina blanca de las mujeres como jugando voluptuosamente. Un par de conocidos quisieron hablarme, Diane, la bella actriz, asintió invitadora desde un palco, pero no me acerqué a nadie. No me interesaba hablar hoy con ninguna de estas personas mundanas, me aburría verme a mí mismo en su espejo, solo quería abarcar el espectáculo, la crepitante y sensual excitación que recorría la hora intensificada (pues la excitación de los otros es precisamente para el indiferente el espectáculo más agradable). Pasaron un par de mujeres hermosas, les miré los pechos, que temblaban bajo la fina gasa a cada paso, descaradamente pero sin deseo interior, y sonreí para mis adentros ante su turbación, mitad penosa, mitad agradable, al sentirse así valoradas sensualmente y desnudadas con descaro. En realidad, ninguna me atraía; solo me producía un cierto placer fingir ante ellas, el juego con el pensamiento, con sus pensamientos, me divertía, el gusto de tocarlas físicamente, de sentir la sacudida magnética en la mirada; pues como a toda persona interiormente fría, mi más auténtico goce erótico era despertar calor e inquietud en los demás, en lugar de calentarme a mí mismo. Solo la pelusa de

calor que la presencia de las mujeres deposita alrededor de la sensualidad me gustaba sentir, no un verdadero acaloramiento, solo estímulo y no excitación. Así caminé también esta vez por el paseo, recibí miradas, las devolví ligeramente como un volante de bádminton, disfruté sin agarrar, palpé a las mujeres sin sentir, solo ligeramente calentado por la tibia voluptuosidad del juego.

Pero también eso me aburrió pronto. Pasaba siempre la misma gente, ya conocía sus rostros de memoria y sus gestos. Había una silla cerca. Me senté. Alrededor, en los grupos, comenzó un nuevo movimiento arremolinado, los transeúntes se sacudían y empujaban entre sí con más inquietud; evidentemente, iba a comenzar una nueva carrera. No me importó, me senté cómodamente y de algún modo absorto bajo el rizo de mi cigarrillo, que se elevaba blanco y ensortijado hacia el cielo, donde se desvanecía cada vez más claro como una pequeña nube en el azul primaveral. En ese segundo comenzó lo inaudito, aquella única vivencia que todavía hoy determina mi vida. Puedo fijar el momento con toda exactitud, pues casualmente acababa de mirar el reloj: las agujas se cruzaban, y las observé con esa curiosidad ociosa cómo se superponían durante un segundo. Eran las tres y tres minutos de la tarde de aquel 7 de junio de 1913. Miraba, pues, con el cigarrillo en la mano, la esfera blanca, completamente ocupado en esta contemplación infantil y ridícula, cuando justo a mi espalda oí a una mujer reír a carcajadas, con esa risa aguda y excitada que amo en las mujeres, esa risa que brota cálida y sobresaltada del ardiente matorral de la sensualidad. Instintivamente, la cabeza se me inclinó hacia atrás, ya iba a mirar a la mujer cuya ruidosa sensualidad golpeaba tan descaradamente mi ensoñación despreocupada como una piedra blanca y centelleante en un estanque opaco y fangoso... pero me contuve. Un extraño placer por el juego mental, por el pequeño e inofensivo experimento psicológico, como a menudo me acometía, me hizo detenerme. No quería mirar todavía a la que reía, me atraía, primero, en una especie de goce preliminar, ocupar mi fantasía con esta mujer, imaginármela, poner un rostro, una boca, una garganta, una nuca, un pecho, una mujer entera, viva y palpitante, alrededor de esa risa.

Ahora estaba, evidentemente, justo detrás de mí. La risa se había convertido de nuevo en conversación. Escuché atentamente. Hablaba con un ligero acento húngaro, muy rápida y vivaz, alargando las vocales como en el canto. Me divertía ahora atribuir una figura a esta voz y dar forma a esta imagen de fantasía de la manera más exuberante posible. Le di cabellos oscuros, ojos oscuros, una boca ancha y sensualmente arqueada con dientes muy blancos y fuertes, una nariz muy estrecha y pequeña, pero con fosas nasales vibrantes y respingonas. En la mejilla izquierda le puse un lunar postizo, en la mano le di una fusta con la que se golpeaba ligeramente el muslo al reír. Seguía y seguía hablando. Y cada una de sus palabras añadía un nuevo detalle a la imagen de fantasía que había formado a la velocidad del rayo: un pecho estrecho y juvenil, un vestido verde oscuro con un broche de brillantes prendido de lado, un sombrero claro con una garza blanca. La imagen se volvía cada vez más nítida, y ya sentía a esta mujer extraña, que estaba invisible a mi espalda, como en una placa fotográfica expuesta en mi pupila. Pero no quería darme la vuelta, quería intensificar aún más este juego de la fantasía, un ligero cosquilleo de voluptuosidad se mezclaba en la audaz ensoñación; cerré ambos ojos, seguro de que, si abría los párpados y me volvía hacia ella, la imagen interior coincidiría por completo con la exterior.

En ese momento, ella avanzó. Instintivamente abrí los ojos... y me molesté. Me había equivocado por completo, todo era diferente, sí, de la manera más maliciosamente opuesta a mi imagen de fantasía. No llevaba un vestido verde, sino blanco; no era esbelta, sino exuberante y de caderas anchas; en ninguna parte de su mejilla llena se dibujaba el lunar soñado; el cabello brillaba rubio rojizo en lugar de negro bajo el sombrero en forma de casco. Ninguno de mis rasgos coincidía con su imagen; pero esta mujer era hermosa, desafiantemente hermosa, aunque, herido en la tonta ambición de mi vanidad psicológica, me resistía a reconocer esta belleza. La miré casi con hostilidad; pero también la resistencia en mí sentía el fuerte atractivo sensual que emanaba de esta mujer, lo deseable, lo animal, que en su plenitud firme y a la vez suave atraía exigente. Ahora reía

de nuevo a carcajadas, sus dientes firmes y blancos se hicieron visibles, y tuve que admitir que esta risa ardiente y sensual estaba en consonancia con la exuberancia de su ser; todo en ella era tan vehemente y desafiante: el pecho abombado, la barbilla adelantada al reír, la mirada aguda, la nariz curvada, la mano que apoyaba firmemente la sombrilla contra el suelo. Aquí estaba el elemento femenino, la fuerza primordial, la seducción consciente y penetrante, un faro de voluptuosidad hecho carne. A su lado, un oficial elegante, algo ajado, le hablaba insistentemente. Ella le escuchaba, sonreía, reía, contradecía, pero todo esto solo de pasada, pues al mismo tiempo su mirada se deslizaba, sus fosas nasales temblaban por todas partes, como dirigiéndose a todos: absorbía atención, sonrisas, miradas de todo el que pasaba y, por así decirlo, de toda la masa masculina circundante. Su mirada era incesantemente errante, tan pronto buscaba a lo largo de las tribunas para luego, de repente, con un alegre reconocimiento, devolver un saludo, como se deslizaba —mientras escuchaba al oficial siempre sonriente y vanidosa— a la derecha, a la izquierda. Solo a mí, que, cubierto por su acompañante, estaba bajo su campo de visión, aún no me había rozado. Eso me molestó. Me levanté —ella no me vio. Me acerqué más— ahora miraba de nuevo hacia las tribunas. Entonces me acerqué a ella con decisión, me quité el sombrero ante su acompañante y le ofrecí mi silla. Me miró asombrada, un brillo sonriente sobrevoló sus ojos, dobló halagadora el labio en una sonrisa. Pero luego solo agradeció brevemente y tomó la silla, sin sentarse. Solo apoyó suavemente en el respaldo el brazo exuberante, desnudo hasta el codo, y aprovechó la ligera curvatura de su cuerpo para mostrar más visiblemente sus formas.

La molestia por mi falsa psicología había sido olvidada hacía tiempo, solo me atraía el juego con esta mujer. Retrocedí un poco hacia la pared de la tribuna, donde podía observarla libremente y sin embargo de forma discreta, me apoyé en mi bastón y busqué con los ojos los suyos. Ella lo notó, se giró un poco hacia mi puesto de observación, pero de tal manera que este movimiento parecía completamente casual, no me rechazó, me respondió

ocasionalmente y sin compromiso. Sus ojos giraban incesantemente, lo tocaban todo, no se aferraban a nada. ¿Era yo el único a quien, al encontrarse, irradiaban una sonrisa negra, o se la daba a cualquiera? No se podía distinguir, y precisamente esta incertidumbre me irritaba. En los intervalos, cuando su mirada, como un faro intermitente, me iluminaba, parecía llena de promesas, pero con la misma pupila de brillo acerado paraba también sin ninguna elección cualquier otra mirada que le llegara, solo por el placer coqueto del juego, pero sobre todo, sin que por un segundo pareciera desatender con interés la conversación de su acompañante. Había algo deslumbrantemente descarado en estas paradas apasionadas, una virtuosidad de la coquetería o un exceso desbordante de sensualidad. Instintivamente di un paso más cerca: su fría desfachatez se me había contagiado. Ya no la miraba a los ojos, sino que la recorrí expertamente de arriba abajo, le arranqué la ropa con la mirada y la sentí desnuda. Ella siguió mi mirada sin ofenderse en lo más mínimo, sonrió con las comisuras de los labios al oficial que parloteaba, pero noté que esta sonrisa cómplice acusaba recibo de mi intención. Y cuando ahora miré su pie, que pequeño y delicado asomaba bajo el vestido blanco, ella recorrió con la mirada su vestido hacia abajo, como comprobando con indiferencia. Luego, al instante siguiente, levantó el pie como por casualidad y lo colocó en el primer travesaño de la silla ofrecida, de modo que a través del vestido calado vi las medias hasta la rodilla, al mismo tiempo que su sonrisa hacia el acompañante parecía volverse de alguna manera irónica o maliciosa. Evidentemente, jugaba conmigo con la misma indiferencia que yo con ella, y tuve que admirar con odio la refinada técnica de su audacia; pues mientras me ofrecía con falsa discreción lo sensual de su cuerpo, se hundía al mismo tiempo, halagada, en los susurros de su acompañante, daba y recibía en un mismo acto y ambos solo en el juego. En realidad, estaba resentido, pues odiaba precisamente en otros esta clase de sensualidad fría y maliciosamente calculada, porque la sentía tan incestuosamente emparentada con mi propia e insensible frialdad. Pero aun así, estaba excitado, quizá más por el odio que por el deseo. Me acerqué con descaro y la atacé brutalmente con la mirada. «Te quiero,

hermoso animal», le decía mi gesto sin disimulo, y sin querer, mis labios debieron moverse, pues ella sonrió con un leve desprecio, apartando la cabeza de mí, y se cubrió el pie desnudo con el vestido. Pero al instante siguiente, la pupila negra volvió a vagar centelleante de un lado a otro. Era muy claro que era tan fría como yo y que estaba a mi altura, que ambos jugábamos fríamente con un calor ajeno que a su vez no era más que fuego pintado, pero hermoso de ver y divertido de jugar en medio de un día monótono.

De repente, la tensión de su rostro se desvaneció, el brillo centelleante se apagó, una pequeña arruga de enfado se curvó alrededor de la boca que hasta entonces sonreía. Seguí la dirección de su mirada: un señor pequeño y gordo, envuelto en ropas arrugadas, se dirigía apresuradamente hacia ella, con el rostro y la frente, que se secaba nerviosamente con el pañuelo, húmedos de excitación. El sombrero, puesto de prisa y torcido sobre la cabeza, dejaba ver a un lado una calva muy pronunciada (sin querer sentí que, si se quitaba el sombrero, gruesas gotas de sudor debían de incubarse en ella, y el hombre me resultó repugnante). En la mano anillada sostenía un fajo entero de boletos. Resoplaba literalmente de excitación y, sin prestar atención a su mujer, se dirigió en húngaro y a gritos al oficial. Reconocí de inmediato a un fanático de las carreras de caballos, algún tratante de caballos de categoría superior, para quien el juego era el único éxtasis, el ilustre sucedáneo de lo sublime. Su mujer debió de haberle dicho algo a modo de advertencia (estaba visiblemente avergonzada de su presencia y perturbada en su seguridad elemental), pues él, al parecer a instancias suyas, se arregló el sombrero, luego le sonrió jovialmente y le dio una palmadita en el hombro con una ternura bonachona. Ella, furiosa, alzó las cejas, repelida por la familiaridad conyugal, que le resultaba embarazosa en presencia del oficial y, quizá más aún, en la mía. Él pareció disculparse, dijo de nuevo unas palabras en húngaro al oficial, que este respondió con una sonrisa complaciente, pero luego tomó su brazo con ternura y un poco de sumisión. Sentí que ella se avergonzaba de su intimidad ante nosotros y disfruté de su humillación con un sentimiento mixto de

burla y asco. Pero ya se había recompuesto y, mientras se apretaba suavemente a su brazo, una mirada irónica se deslizó hacia mí, como diciendo: «¿Ves?, este me tiene a mí, y no tú». Estaba furioso y disgustado a la vez. En realidad, quería darle la espalda y seguir adelante, para demostrarle que la esposa de un gordinflón tan ordinario ya no me interesaba. Pero el atractivo era demasiado fuerte. Me quedé.

En ese segundo, la señal de salida sonó estridente, y de repente toda la masa parlanchina, turbia y estancada fue como sacudida, fluyó de nuevo desde todos los lados en un súbito desorden hacia la barrera. Necesité una cierta violencia para no ser arrastrado, pues quería precisamente en el tumulto permanecer cerca de ella, quizá se presentara la oportunidad de una mirada decisiva, un roce, alguna desfachatez espontánea que ahora aún no sabía, y así me abrí paso con persistencia entre la gente apresurada hacia ella. En ese momento, el gordo marido se abalanzaba, evidentemente para conseguir un buen sitio en la tribuna, y así chocamos ambos, cada uno impulsado por un ímpetu diferente, con tanta violencia que su sombrero flojo cayó al suelo y los boletos, que estaban sueltos sujetos a él, salieron disparados en un amplio arco y se esparcieron por el suelo como mariposas rojas, azules, amarillas y blancas. Por un momento me miró fijamente. Mecánicamente quise disculparme, pero una mala voluntad me selló los labios; al contrario: lo miré con frialdad, con una provocación leve, descarada e insultante. Su mirada vaciló un segundo, incierta, disparada por una ira creciente pero tímidamente contenida, pero se quebró cobardemente ante la mía. Con una inolvidable, casi conmovedora ansiedad, me miró a los ojos un segundo, luego se apartó, pareció recordar de repente sus boletos y se agachó para recogerlos junto con el sombrero del suelo. Con una ira manifiesta, con el rostro rojo de excitación, la mujer, que había soltado su brazo, me fulminó con la mirada: vi con una especie de voluptuosidad que le habría encantado pegarme. Pero yo permanecí completamente frío y despreocupado, observando sonriente, sin ayudar, cómo el marido excesivamente gordo se agachaba jadeante y se arrastraba a mis pies para recoger sus

boletos. El cuello de la camisa, al agacharse, se le separaba mucho, como las plumas de una gallina erizada, un ancho pliegue de grasa le subía por la nuca roja, jadeaba asmáticamente a cada inclinación. Sin querer, al verlo jadear así, me vino un pensamiento indecente y desagradable, me lo imaginé en la intimidad conyugal con su esposa y, envalentonado por esta idea, sonreí directamente a su ira apenas contenida. Ella estaba allí, ahora de nuevo pálida e impaciente, apenas pudiendo contenerse, —por fin le había arrancado un sentimiento verdadero, real: odio, ira incontenible! Me hubiera encantado prolongar indefinidamente esta escena maliciosa; con fría voluptuosidad observaba cómo se atormentaba para recoger, uno por uno, sus boletos. Tenía un diablillo burlón en la garganta, que no paraba de reírse disimuladamente y quería soltar una carcajada — me habría encantado reírme de él o hacerle cosquillas con el bastón a esa masa de carne blanda y reptante: en realidad no recordaba haber estado nunca tan poseído por la maldad como en este centelleante triunfo de la humillación sobre esta mujer descaradamente juguetona.

Pero ahora el desdichado parecía haber reunido por fin todos sus boletos; solo uno, azul, había volado más lejos y yacía justo delante de mí en el suelo. Se giró jadeante, buscando con sus ojos miopes —el quevedos le colgaba en la punta de la nariz sudorosa—, y este segundo fue aprovechado por mi malicia traviesa y excitada para prolongar su ridículo esfuerzo: obedeciendo sin querer a una travesura infantil, adelanté rápidamente el pie y puse la suela sobre el boleto, de modo que, por mucho que se esforzara, no pudiera encontrarlo mientras a mí me pluguiera dejarlo buscar. Y él buscaba y buscaba sin cesar, contando una y otra vez entre resoplidos los papelitos de cartón de colores: era evidente que uno —¡el mío!— aún le faltaba, y ya quería reanudar la búsqueda en medio del tumulto creciente, cuando su mujer, que con una expresión crispada evitaba convulsivamente mi mirada burlona, no pudo contener más su airada impaciencia. «¡Lajos!», le gritó de repente con imperio, y él se sobresaltó como un caballo que oye la trompeta, miró una vez más al suelo buscando —me pareció que el boleto escondido me

hacía cosquillas bajo la suela, y apenas pude reprimir una risa—, luego se volvió obediente hacia su mujer, que lo arrastró con una cierta prisa ostentosa lejos de mí, hacia el gentío cada vez más espumoso.

Me quedé atrás sin ningún deseo de seguir a los dos. El episodio había terminado para mí, la sensación de aquella tensión erótica se había disuelto agradablemente en lo jovial, toda excitación se había desvanecido de mí y no había quedado más que la sana saciedad de la malicia repentinamente desatada, una autosatisfacción descarada, casi insolente, por la travesura lograda. Adelante, la gente se agolpaba densamente, la excitación comenzaba ya a agitarse y, como una única, sucia y negra ola, a empujar contra la barrera, pero ni siquiera miré, ya me aburría. Y pensé en ir al otro lado, a la Kriau, o en volver a casa. Pero apenas di un paso adelante sin querer, me di cuenta del boleto azul, olvidado en el suelo. Lo recogí y lo sostuve jugando entre los dedos, sin saber qué hacer con él. Vagamente se me ocurrió la idea de devolvérselo a «Lajos», lo que podría servir de excelente pretexto para conocer a su mujer; pero me di cuenta de que ya no me interesaba en absoluto, que el fugaz calor que me había llegado de esta aventura se había enfriado hacía tiempo en mi vieja indiferencia. No deseaba más de la esposa de Lajos que este ir y venir de miradas combativas y anhelantes —el gordinflón me resultaba demasiado desagradable para compartir algo físico con él—; el frisson de los nervios lo había tenido, ahora solo sentía una curiosidad indolente, una placentera relajación.

La silla estaba allí, abandonada y sola. Me senté cómodamente, encendí un cigarrillo. Delante de mí, la pasión volvía a encrespase, ni siquiera presté atención: las repeticiones no me atraían. Observé con desgana el humo ascender y pensé en el paseo Gilf de Merano, donde dos meses antes me había sentado a contemplar la cascada chispeante. Era exactamente como aquí: también allí un rumor que crecía poderosamente, que no calentaba ni enfriaba, también allí un sonido sin sentido en medio de un paisaje silencioso y azul. Pero ahora la pasión del juego había llegado al crescendo, de nuevo la espuma de sombrillas, sombreros, gritos, pañuelos volaba sobre la

negra marea humana, de nuevo las voces se arremolinaban, de nuevo un grito se crispaba —ahora de otro color— de la boca gigante de la multitud. Oí un nombre, mil veces, diez mil veces, gritado con júbilo, estridente, extático, desesperado: «¡Cressy! ¡Cressy! ¡Cressy!». Y de nuevo se rompió, como una cuerda tensa, de repente (¡cómo la repetición vuelve monótona incluso la pasión!). La música comenzó a tocar, la multitud se disolvió. Se alzaron tablillas con los números de los ganadores. Inconscientemente miré hacia allí. En primer lugar brillaba un siete. Mecánicamente miré el boleto azul que había olvidado entre mis dedos. También aquí el siete.

Sin querer, tuve que reír. El boleto había ganado, el buen Lajos había apostado correctamente. Así que con mi malicia incluso había privado al gordo marido de dinero: de repente mi humor insolente había vuelto, ahora me interesaba saber cuánto le había estafado mi celosa intervención. Miré por primera vez con más detalle el cartoncillo azul: era un boleto de veinte coronas, y Lajos había apostado a «ganador». Eso bien podría ser una suma considerable. Sin pensarlo más, solo siguiendo el cosquilleo de la curiosidad, me dejé arrastrar por la multitud apresurada en dirección a las taquillas. Me vi empujado a una cola, presenté el boleto, y ya dos manos huesudas y solícitas, cuyo rostro detrás del mostrador ni siquiera vi, me deslizaron nueve billetes de veinte coronas sobre la plancha de mármol.

En ese segundo, cuando el dinero, dinero real, billetes azules, me fue entregado, la risa se me atragantó. Tuve inmediatamente una sensación desagradable. Instintivamente retiré las manos para no tocar el dinero ajeno. Hubiera preferido dejar los billetes azules en la plancha; pero detrás de mí la gente ya empujaba, impaciente por cobrar sus ganancias. Así que no me quedó más remedio que tomar los billetes con las yemas de los dedos, avergonzado y con asco: ardían en mi mano como llamas azules, y la extendí inconscientemente lejos de mí, como si la mano que los había tomado tampoco me perteneciera. De inmediato comprendí lo fatal de la situación. Contra mi voluntad, la broma se había convertido en

algo que a un hombre decente, a un caballero, a un oficial de la reserva no debería haberle ocurrido, y dudé ante mí mismo de pronunciar el verdadero nombre para ello. Pues esto no era dinero ocultado, sino astutamente sustraído, era dinero robado.

A mi alrededor zumbaban y bullían las voces, la gente empujaba y se agolpaba de y hacia las taquillas. Yo seguía inmóvil con la mano extendida. ¿Qué debía hacer? Pensé primero en lo más natural: buscar al verdadero ganador, disculparme y devolverle el dinero. Pero eso no era posible, y menos aún ante la mirada de aquel oficial. Yo era teniente de la reserva, y una confesión así me habría costado inmediatamente mi cargo; pues incluso si hubiera encontrado el boleto, ya el hecho de cobrar el dinero era una acción desleal. También pensé en ceder a mi instinto, que me crispaba los dedos, de arrugar los billetes y tirarlos, pero también eso era demasiado fácil de controlar en medio del gentío y, por tanto, sospechoso. En ningún caso quería, ni por un momento, guardar el dinero ajeno conmigo o meterlo en la cartera para regalárselo más tarde a alguien: el sentido de la limpieza, inculcado en mí desde la infancia como la ropa limpia, sentía asco ante cualquier contacto, por fugaz que fuera, con estos papeles. ¡Fuera, solo fuera con este dinero!, febrilmente ardía en mí, ¡fuera, a cualquier parte, fuera! Instintivamente miré a mi alrededor y, mientras buscaba en círculo un escondite, una posibilidad sin vigilancia, me di cuenta de que la gente comenzaba a agolparse de nuevo en las taquillas, pero ahora con billetes en las manos. Y la idea fue mi salvación. Devolver el dinero al malicioso azar que me lo había dado, de nuevo a la voraz garganta que ahora engullía las nuevas apuestas, plata y billetes, con igual avidez... sí, eso era lo correcto, la verdadera liberación.

Impulsivamente corrí, sí, corrí hacia allí, me metí en cuña en medio de los que empujaban. Solo dos hombres estaban delante de mí, el primero ya estaba en el totalizador, cuando caí en la cuenta de que no sabía nombrar ningún caballo al que apostar. Escuché ávidamente las conversaciones a mi alrededor. «¿Apuesta usted a Ravachol?», preguntó uno. «Por supuesto, a Ravachol», le respondió su acompañante. «¿Cree que Teddy no tiene también

posibilidades?». «¿Teddy? Ninguna. Fracasó totalmente en la carrera de debutantes. Fue un farol».

Como un sediento, tragué las palabras. Así que Teddy era malo, Teddy seguro que no ganaría. Inmediatamente decidí apostar por él. Deslicé el dinero, mencioné el nombre que acababa de oír, Teddy a ganador, una mano me devolvió los boletos. De repente, tenía ahora nueve cartoncillos rojiblancos entre los dedos en lugar de uno. Todavía era una sensación embarazosa; pero al menos, ya no quemaba de forma tan irritante, tan humillante como el dinero contante y arrugado.

Me sentí de nuevo ligero, casi despreocupado: ahora el dinero estaba fuera, lo desagradable de la aventura resuelto, el asunto vuelto a ser la broma con la que había comenzado. Me senté con indolencia en mi silla, encendí un cigarrillo y soplé el humo tranquilamente delante de mí. Pero no duró mucho, me levanté, di una vuelta, me volví a sentar. Extraño: se había acabado la placentera ensoñación. Una especie de nerviosismo crepitaba en mis miembros. Al principio pensé que era la incomodidad de poder encontrarme con Lajos y su mujer entre la mucha gente que pasaba; pero, ¿cómo podían adivinar que aquellos nuevos boletos eran los suyos? Tampoco me molestaba la inquietud de la gente; al contrario, los observaba atentamente para ver si no empezaban a empujar de nuevo hacia adelante, sí, me sorprendí levantándome una y otra vez para mirar la bandera que se izaba al comienzo de la carrera. Eso era, pues: impaciencia, una febril e interna fiebre de expectación, que la salida comenzara ya, que el fastidioso asunto terminara para siempre.

Un muchacho pasó corriendo con un programa de carreras. Lo detuve, le compré el programa y comencé a buscar entre las palabras y pronósticos incomprensibles, escritos en una jerga extraña, hasta que finalmente encontré a Teddy, el nombre de su jockey, el dueño de la cuadra y los colores rojo y blanco. Pero, ¿por qué me interesaba tanto esto? Arrugué la hoja con enfado y la tiré, me levanté, me volví a sentar. De repente sentía mucho calor, tuve

que pasarme el pañuelo por la frente húmeda, y el cuello de la camisa me apretaba. La salida seguía sin comenzar.

Finalmente sonó la campana, la gente se abalanzó, y en ese segundo sentí con espanto cómo también a mí esa campana me despertaba de algún sueño como un despertador. Salté de la silla con tal violencia que se cayó, y corrí —no, corrí— ávidamente hacia adelante, con los boletos apretados firmemente entre los dedos, en medio de la multitud y como consumido por un miedo frenético de llegar tarde, de perderme algo muy importante. Logré, empujando brutalmente a la gente a un lado, llegar a la primera barrera, arranqué sin miramientos una silla que una dama estaba a punto de coger. Reconocí inmediatamente toda mi falta de tacto y mi furia en su mirada de asombro —era una buena conocida, la condesa R., con cuyas cejas alzadas con ira me encontré—, pero por vergüenza y despecho la ignoré fríamente, salté a la silla para ver el campo.

En algún lugar lejano, en el verde, un pequeño grupo de caballos inquietos se apretaba en la salida, mantenidos con dificultad en línea por los pequeños jockeys, que parecían polichinelas de colores. Inmediatamente busqué reconocer al mío entre ellos, pero mi ojo no estaba entrenado, y todo me temblaba tan caliente y extraño ante la vista que no pude distinguir el rojiblanco entre las manchas de color. En ese momento sonó la campana por segunda vez, y como siete flechas de colores de un arco, los caballos se lanzaron al pasillo verde. Debía de ser maravilloso contemplar esto con calma y solo estéticamente, cómo los esbeltos animales galopaban y, apenas rozando el suelo, rebotaban sobre el césped; pero yo no sentí nada de todo eso, solo hacía intentos desesperados por reconocer a mi caballo, a mi jockey, y me maldecía a mí mismo por no haber traído prismáticos. Por mucho que me inclinara y me estirara, no veía más que cuatro, cinco insectos de colores, difuminados en un ovillo volador; solo la forma vi cambiar gradualmente, cómo el ligero pelotón se alargaba ahora en forma de cuña en la curva, una punta avanzaba, mientras que por detrás algunos del enjambre ya comenzaban a desmoronarse. La carrera se puso reñida: tres o cuatro de los caballos, completamente estirados en el galope, se

pegaban como tiras de papel de colores, tan pronto uno como otro se adelantaba un trecho. Y sin querer, estiré todo mi cuerpo, como si con este movimiento imitativo, elástico y apasionadamente tenso pudiera aumentar su velocidad y arrastrarlos.

A mi alrededor crecía la excitación. Algunos más experimentados debieron de haber reconocido ya los colores en la curva, pues ahora los nombres salían como cohetes brillantes del turbio tumulto. A mi lado, uno estaba de pie, con las manos frenéticamente extendidas, y cuando ahora una cabeza de caballo avanzó, gritó, pataleando, con una voz desagradablemente estridente y triunfante: «¡Ravachol! ¡Ravachol!». Vi que, efectivamente, el jockey de ese caballo brillaba de azul, y una furia se apoderó de mí porque no fuera mi caballo el que ganaba. Cada vez más insoportable se me hacía el chillido agudo «¡Ravachol! ¡Ravachol!» del repugnante que estaba a mi lado; rabiaba de fría ira, me habría encantado darle un puñetazo en el agujero negro y abierto de su boca gritona. Temblaba de rabia, ardía en fiebre, en cualquier momento, sentía, podía cometer una locura. Pero aún había otro caballo pegado al primero. Quizá fuera Teddy, quizá, quizá —y esta esperanza me encendió de nuevo. Realmente me pareció que el brazo que ahora se alzaba sobre la silla y dejaba caer algo sobre la grupa del caballo brillaba de color rojo, podía ser él, tenía que ser él, tenía que serlo, tenía que serlo! Pero, ¿por qué no lo impulsaba, el canalla? ¡Otra vez el látigo! ¡Otra vez! ¡Ahora, ahora estaba muy cerca de él! Ahora, solo un palmo más. ¿Por qué Ravachol? ¿Ravachol? ¡No, Ravachol no! ¡Ravachol no! ¡Teddy! ¡Teddy! ¡Adelante, Teddy! ¡Teddy!

De repente, me eché hacia atrás con violencia. ¿Qué... qué era eso? ¿Quién gritaba así? ¿Quién vociferaba «¡Teddy! ¡Teddy!»? Era yo mismo quien lo gritaba. Y en medio de la pasión, me asusté de mí mismo. Quise contenerme, dominarme, en medio de mi fiebre me atormentaba una súbita vergüenza. Pero no podía apartar la mirada, pues allí los dos caballos estaban pegados el uno al otro, y tenía que ser realmente Teddy el que se aferraba a Ravachol, al maldito Ravachol, odiado por mí con ardiente fervor, pues a mi alrededor otros gritaban ahora más alto y a muchas voces en un agudo

discanto: «¡Teddy! ¡Teddy!», y el grito me arrastró de nuevo a la pasión, a mí, que por un segundo lúcido había emergido. Debía ganar, tenía que ganar, y de verdad, ahora, ahora una cabeza se adelantaba detrás del caballo volador del otro, solo un palmo, y ahora ya dos, ahora, ahora ya se veía el cuello —en ese instante, la campana resonó estridente, y un único grito de júbilo, de desesperación, de ira, explotó. Por un segundo, el nombre anhelado llenó el cielo azul hasta la bóveda. Luego se derrumbó, y en algún lugar sonó música.

Caliente, completamente húmedo, con el corazón palpitante, bajé de la silla. Tuve que sentarme un momento, tan confuso estaba por la entusiasta excitación. Un éxtasis como nunca había conocido me inundó, una alegría insensata de que el azar hubiera obedecido tan servilmente mi desafío; en vano intenté fingir que había sido contra mi voluntad que este caballo hubiera ganado y que habría deseado ver perdido el dinero. Pero no me lo creí a mí mismo, y ya sentía un tirón cruel en mis miembros, me arrastraba mágicamente hacia algún lugar, y sabía hacia dónde me impulsaba: quería ver la victoria, sentirla, aferrarla, sentir dinero, mucho dinero, billetes azules y crepitantes en los dedos y ese cosquilleo subiendo por los nervios. Un placer completamente ajeno y maligno se había apoderado de mí, y ninguna vergüenza se oponía ya a ceder a él. Y apenas me levanté, corrí, corrí ya hasta la taquilla, muy bruscamente, con los codos extendidos me abrí paso entre los que esperaban en el mostrador, empujé a la gente con impaciencia, solo para ver el dinero, el dinero en persona. «¡Grosero!», murmuró detrás de mí uno de los apartados; lo oí, pero no pensé en desafiarlo, temblaba de una impaciencia incomprensible y enfermiza. Por fin me tocó el turno, mis manos agarraron con avidez un fajo azul de billetes. Conté, temblando y entusiasmado a la vez. Eran seiscientos cuarenta coronas.

Las arranqué con ardor. Mi siguiente pensamiento fue: ahora a seguir jugando, a ganar más, mucho más. ¿Dónde había dejado mi programa de carreras? ¡Ah, tirado en la excitación! Miré a mi alrededor para comprar uno nuevo. Entonces me di cuenta, con un

espanto sin nombre, de cómo de repente todo a mi alrededor se dispersaba, hacia la salida, que las taquillas se cerraban, que la bandera ondeante descendía. El juego había terminado. Había sido la última carrera. Por un segundo me quedé paralizado. Luego, una ira surgió en mí, como si se me hubiera hecho una injusticia. No podía resignarme a que ahora, cuando todos mis nervios se tensaban y temblaban, cuando la sangre corría por mis venas tan caliente como no lo había hecho en años, todo debiera terminar. Pero de nada servía alimentar artificialmente la esperanza con un deseo engañoso de que esto fuera solo un error, pues cada vez más rápido se dispersaba el gentío colorido, ya brillaba verde el césped pisoteado entre los pocos que quedaban. Poco a poco sentí lo ridículo de mi tensa permanencia, así que tomé el sombrero —el bastón lo había dejado evidentemente en el torniquete, en la excitación— y me dirigí a la salida. Un criado con la gorra servilmente levantada se me acercó de un salto, le di el número de mi coche, él lo gritó con la mano ahuecada por toda la plaza, y ya los caballos se acercaron con un agudo traqueteo. Le indiqué al cochero que bajara lentamente por la avenida principal. Pues justo ahora, cuando la excitación comenzaba a disminuir agradablemente, sentía una inclinación lasciva a revivir en mi mente toda la escena.

En ese momento, otro coche se detuvo; instintivamente miré, para apartar la vista de inmediato, plenamente consciente. Era la mujer con su corpulento marido. No me habían visto. Pero de inmediato me invadió una sensación repugnante y sofocante, como si me hubieran descubierto. Y me habría encantado gritarle al cochero que azotara a los caballos, solo para alejarme rápidamente de su cercanía.

Suavemente, sobre las ruedas de goma, el fiacre se deslizaba entre los muchos otros, que como barcas de flores con su colorida carga de mujeres se mecían junto a las verdes orillas de la avenida de los castaños. El aire era suave y dulce, ya soplaba de vez en cuando un leve perfume de la primera fresca de la tarde a través del polvo. Pero la anterior sensación placentera y soñadora no volvió: el encuentro con el estafado me había desgarrado penosamente. Como

una corriente de aire frío a través de una rendija, penetró de repente en mi sobrecalentada pasión. Pensé ahora de nuevo, con sobriedad, en toda la escena y ya no me entendía a mí mismo: yo, un caballero, un miembro de la mejor sociedad, un oficial de la reserva, muy respetado, había tomado sin necesidad dinero encontrado, lo había metido en la cartera, sí, incluso lo había hecho con una alegría ávida, un placer que invalidaba cualquier disculpa. Yo, que hacía una hora todavía era un hombre correcto e impecable, había robado. Era un ladrón. Y como para asustarme a mí mismo, me dije mi veredicto en voz baja, mientras el coche trotaba suavemente, hablando inconscientemente al ritmo de los cascos: «¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!».

Pero extraño, ¿cómo describir lo que sucedió ahora? Es tan inexplicable, tan absolutamente singular, y sin embargo sé que no me estoy engañando a posteriori. Cada segundo de mi sentimiento, cada oscilación de mi pensamiento en aquellos momentos es para mí consciente con una claridad tan sobrenatural como apenas ninguna vivencia de mis treinta y seis años, y sin embargo apenas me atrevo a hacer consciente esta secuencia absurda, esta asombrosa fluctuación de mi sentir, sí, no sé si algún poeta, algún psicólogo, sería capaz de describirlo lógicamente. Solo puedo registrar la secuencia, completamente fiel a su inesperada aparición. Así pues: me dije a mí mismo «ladrón, ladrón, ladrón». Luego vino un momento muy extraño, como un momento vacío, un momento en el que no sucedió nada, en el que solo —ay, qué difícil es expresar esto— en el que solo escuchaba, escuchaba dentro de mí. Me había llamado, me había acusado, ahora el acusado debía responder al juez. Escuché, pues, y no sucedió —nada. El latigazo de esta palabra «ladrón», del que esperaba que me despertara y luego me hiciera caer en una vergüenza sin nombre, contrita, no despertó nada. Esperé pacientemente unos minutos, luego me incliné, por así decirlo, aún más sobre mí mismo —pues sentía demasiado bien que bajo este silencio desafiante algo se agitaba— y escuché con una expectativa febril el eco ausente, el grito de asco, de indignación, de desesperación, que debía seguir a esta autoacusación. Y de nuevo

no sucedió nada. Nada respondió. Una vez más me dije la palabra «ladrón», «ladrón», ahora ya en voz alta, para despertar por fin en mí la conciencia sorda, la paralizada. De nuevo no hubo respuesta. Y de repente —en un destello de conciencia deslumbrante, como si de repente se encendiera una cerilla y se sostuviera sobre la profundidad crepuscular— reconocí que solo quería avergonzarme, pero no me avergonzaba, sí, que en aquella profundidad estaba de algún modo misteriosamente orgulloso, incluso feliz, de este acto insensato.

¿Cómo era posible? Me resistí, ahora realmente asustado de mí mismo, a este inesperado conocimiento, pero el sentimiento brotaba de mí con demasiada fuerza, con demasiada impetuosidad. No, no era vergüenza, no era indignación, no era asco de mí mismo lo que fermentaba tan cálidamente en mi sangre —era alegría, alegría ebria la que llameaba en mí, sí, centelleaba con llamas claras y puntiagudas de insolencia, pues sentía que en aquellos minutos, por primera vez en años y años, estaba realmente vivo, que mi sentimiento solo había estado paralizado y aún no había muerto, que en algún lugar bajo la arenosa superficie de mi indiferencia fluían aún en secreto aquellas ardientes fuentes de pasión y ahora, tocadas por la varita mágica del azar, habían sido lanzadas hasta mi corazón. También en mí, también en mí, en este trozo de universo que respira, ardía pues aún aquel misterioso núcleo volcánico de todo lo terrenal, que a veces irrumpe en los torbellinos de la avidez, también yo vivía, estaba vivo, era un hombre con un deseo maligno y cálido. Una puerta se había abierto por la tormenta de esta pasión, un abismo se había abierto en mí, y yo miraba hacia abajo con un vértigo voluptuoso en este desconocido en mí, que me asustaba y me beatificaba a la vez. Y lentamente —mientras el coche hacía rodar mi cuerpo soñador con indolencia por el mundo burgués y social— descendí, escalón a escalón, a la profundidad de lo humano en mí, indeciblemente solo en este pasaje silencioso, solo iluminado desde arriba por la antorcha brillante y alzada de mi conciencia súbitamente encendida. Y mientras miles de personas a mi alrededor se agitaban riendo y charlando, yo me buscaba a mí, al hombre

perdido, en mí, palpaba años en el mágico pasaje del recuerdo. Cosas completamente olvidadas emergieron de repente de los espejos polvorientos y ciegos de mi vida, recordé haber robado una vez, cuando era escolar, una navaja a un compañero y haberlo observado con la misma alegría diabólica mientras la buscaba por todas partes, preguntaba a todos y se esforzaba; comprendí de repente lo misteriosamente tormentoso de algunas horas sexuales, comprendí que mi pasión solo había estado torcida, solo pisoteada por el delirio social, por el ideal imperioso de los caballeros —pero que también en mí, solo en lo más profundo, en pozos y conductos sepultados, corrían las calientes corrientes de la vida como en todos los demás. Oh, siempre había vivido, solo que no me había atrevido a vivir, me había atado y escondido de mí mismo: pero ahora la fuerza reprimida había estallado, la vida, la rica, la indeciblemente violenta, me había abrumado. Y ahora sabía que aún estaba apegado a ella; con la feliz conmoción de la mujer que por primera vez siente al niño moverse en su interior, sentí lo real —cómo llamarlo de otro modo— lo verdadero, lo no fingido de la vida germinar en mí, sentí —casi me avergüenzo de escribir tal palabra— cómo yo, el hombre muerto, de repente volvía a florecer, cómo por mis venas la sangre corría roja e inquieta, el sentimiento se desplegaba suavemente en el calor y yo crecía hacia un fruto desconocido de dulzura o amargura. El milagro de Tannhäuser me había sucedido en medio de la clara luz de un hipódromo, entre el zumbido de miles de personas ociosas: había comenzado a sentir de nuevo, reverdecía y echaba sus brotes, el bastón marchito.

Desde un coche que pasaba, un señor saludó y gritó mi nombre —evidentemente, había pasado por alto su primer saludo—. Me incorporé bruscamente, enojado por ser molestado en este estado de dulce fluir hacia mí mismo, de este sueño más profundo que jamás había experimentado. Pero la vista del que saludaba me arrancó por completo de mí mismo: era mi amigo Alfons, un querido compañero de escuela y ahora fiscal. De repente, un escalofrío me recorrió: este hombre, que te saluda fraternalmente, tiene ahora por primera vez poder sobre ti, estás a su merced en cuanto conozca tu

delito. Si supiera de ti y de tu acto, tendría que sacarte de este coche, alejarte de toda la cálida existencia burguesa, y arrojarte por tres o cinco años al mundo sombrío tras las ventanas enrejadas, a la escoria de la vida, junto a los otros ladrones, a quienes solo el látigo de la necesidad ha empujado a sus sucias celdas. Pero solo por un instante el miedo me agarró fríamente la muñeca de mi mano temblorosa, solo por un instante detuvo el latido de mi corazón — luego, también este pensamiento se transformó de nuevo en un sentimiento ardiente, en un orgullo fantástico y descarado, que ahora examinaba a las otras personas a su alrededor con autoconfianza y casi con burla. ¡Cómo se congelaría en las comisuras de vuestros labios —pensé— vuestra dulce sonrisa de camaradería, con la que me saludáis como a uno de los vuestros, si me sospecharais! Como una salpicadura de lodo, os sacudiríais mi saludo con una mano despectivamente irritada. Pero antes de que me expulséis, ya os he expulsado yo: esta tarde me he arrojado de vuestro frío y huesudo mundo, donde yo era una rueda, una que funcionaba silenciosamente, en la gran máquina que rueda fríamente en sus pistones y gira vanidosamente sobre sí misma —he caído en un abismo que no conozco, pero he estado más vivo en esta única hora que en los años de cristal en vuestro círculo. Ya no os pertenezco, ya no estoy con vosotros, ahora estoy fuera, en algún lugar, en una altura o en una profundidad, pero nunca más, nunca más en la playa llana de vuestro bienestar burgués. He sentido por primera vez todo lo que hay en los hombres de placer en el bien y en el mal, pero nunca sabréis dónde estuve, nunca me reconoceréis: ¡hombres, qué sabéis de mi secreto!

¡Cómo podría expresar lo que sentí en aquella hora, mientras, como un caballero elegantemente vestido, saludaba y agradecía con rostro frío entre las filas de coches! Pues mientras mi máscara, el hombre exterior, el anterior, aún sentía y reconocía rostros, dentro de mí resonaba una música tan vertiginosa que tuve que contenerme para no gritar algo de este tumulto atronador. Estaba tan lleno de sentimiento que este torrente interior me atormentaba físicamente, que, como un ahogado, tuve que presionar

violentemente la mano contra el pecho, bajo el cual el corazón fermentaba dolorosamente. Pero dolor, placer, espanto, horror o arrepentimiento, no sentía nada por separado y aislado, todo se fundía, solo sentía que vivía, que respiraba y sentía. Y este sentimiento, el más simple, el más primordial, que no había experimentado en años, me embriagaba. Nunca me había sentido a mí mismo, ni por un segundo de mis treinta y seis años, tan extáticamente vivo como en la suspensión de esta hora.

Con una ligera sacudida, el coche se detuvo: el cochero había frenado a los caballos, se volvió desde el pescante y preguntó si debía ir a casa. Salí de mi ensimismamiento, levanté la vista por encima de la avenida: con consternación me di cuenta de cuánto tiempo había soñado, de cómo la embriaguez se había derramado sobre las horas. Se había hecho oscuro, algo suave se mecía en las copas de los árboles, los castaños comenzaban a exhalar su perfume vespertino a través del frescor. Y detrás de las copas ya plateaba una mirada velada de luna. Era suficiente, tenía que ser suficiente. ¡Pero ahora no a casa, no a mi mundo habitual!

Pagué al cochero. Cuando saqué la cartera y tomé los billetes contándolos entre los dedos, una leve descarga eléctrica me recorrió desde la muñeca hasta las puntas de los dedos: algo en mí debía de estar aún despierto del hombre viejo, el que se avergonzaba. Todavía se crispaba la conciencia moribunda del caballero, pero ya mi mano hojeaba de nuevo, muy alegre, el dinero robado, y fui generoso por mi alegría. El cochero agradeció tan efusivamente que tuve que sonreír: ¡si tú supieras! Los caballos arrancaron, el coche se alejó. Lo seguí con la mirada, como desde un barco se mira por última vez una playa en la que se ha sido feliz.

Por un momento permanecí así, soñador y sin saber qué hacer, en medio de la multitud que murmuraba, reía y estaba envuelta en música: debían de ser alrededor de las siete, e instintivamente me dirigí hacia el jardín de Sacher, donde solía cenar en compañía después del paseo por el Prater y en cuyas cercanías el fiacre me había dejado, sin duda a propósito. Pero apenas toqué el picaporte

de la verja del elegante restaurante-jardín, me asaltó una inhibición: no, no quería volver todavía a mi mundo, no quería que una conversación indolente arrastrara esta maravillosa fermentación que me llenaba misteriosamente, no quería desligarme de la centelleante magia de la aventura a la que me sentía encadenado desde hacía horas.

De alguna parte retumbaba una música sorda y confusa, y sin querer la seguí, pues todo me atraía hoy, sentía como una voluptuosidad abandonarme por completo al azar, y este ser arrastrado sordamente en medio de una multitud de gente que se mecía suavemente tenía un encanto fantástico. Mi sangre fermentaba en esta espesa y arremolinada papilla de masa humana caliente: de repente estaba tenso, excitado y agudamente despierto en todos los sentidos por este olor acre y humeante de aliento humano, polvo, sudor y tabaco. Pues todo esto, que antes, sí, incluso ayer mismo, me había repelido como ordinario, vulgar y plebeyo, lo que el caballero soigné que había en mí había evitado altivamente durante toda una vida, atraía mágicamente mi nuevo instinto, como si sintiera por primera vez en lo animal, en lo instintivo, en lo vulgar, un parentesco conmigo mismo. Aquí, en la escoria de la ciudad, entre soldados, criadas, granujas, me sentía a gusto de una manera que me era completamente incomprendible: aspiraba con avidez el tufo de este aire, el empujar y presionar en una masa apelmazada me resultaba agradable, y con una curiosidad voluptuosa esperaba a dónde me arrastraría esta hora, a mí, el abúlico. Cada vez más cerca resonaban y retumbaban desde el Wurstelprater los platillos y la música de viento metálico, de una manera fanáticamente monótona los organillos machacaban polcas duras y valeses estruendosos, entremedias crepitaban golpes sordos desde las casetas, siseaban risas, rugían gritos de borrachos, y ya veía los carruseles de mi infancia girando entre los árboles con luces demenciales. Me detuve en medio de la plaza y dejé que todo el tumulto se estrellara en mí, que me llenara los ojos y los oídos: estas cascadas de ruido, lo infernal de este desorden me sentaba bien, pues en este torbellino había algo que aturdiría mi torrente

interior. Vi cómo las criadas, con las faldas hinchadas, se lanzaban al cielo en los columpios con gritos de placer que parecían brotar de su sexo, cómo los mozos de carnicero reían mientras estrellaban pesados martillos contra los medidores de fuerza, cómo los pregoneros, con voces roncadas y gestos simiescos, remaban gritando por encima del ruido de los organillos, y cómo todo esto se mezclaba arremolinándose con la existencia mil veces ruidosa e incesantemente móvil de la multitud, que estaba ebria del aguardiente de la música de viento, del parpadeo de la luz y de su propio y cálido placer de estar juntos. Desde que yo mismo había despertado, sentía de repente la vida de los otros, sentía el ardor de la ciudad de millones de habitantes, cómo se derramaba caliente y represado en las pocas horas del domingo, cómo se excitaba con su propia plenitud hasta alcanzar un goce sordo, animal, pero de alguna manera sano e instintivo. Y poco a poco sentí, por el roce, por el contacto incesante con sus cuerpos calientes y apasionadamente apremiantes, que su cálido ardor pasaba a mí mismo: mis nervios se tensaron, avivados por el olor penetrante, hacia fuera de mí, mis sentidos jugaban vertiginosamente con el estrépito y sentían ese aturdimiento confuso que se mezcla inevitablemente con toda fuerte voluptuosidad. Por primera vez en años, quizá en toda mi vida, sentí la masa, sentí a la gente como una fuerza de la que el placer pasaba a mi propio ser aislado: alguna presa se había roto, y desde mis venas iba hacia este mundo, fluía rítmicamente de vuelta, y una avidez completamente nueva se apoderó de mí, la de fundir esa última costra entre ellos y yo, un deseo apasionado de apareamiento con esta humanidad caliente, extraña y apremiante. Con el placer del hombre anhelaba entrar en el vientre rebosante de este caliente cuerpo gigante, con el placer de la mujer estaba abierto a todo contacto, a toda llamada, a toda seducción, a todo abrazo —y ahora lo sabía, había amor en mí y necesidad de amor como solo en los crepusculares días de la adolescencia. ¡Oh, solo entrar, entrar en lo vivo, estar de alguna manera conectado con esta pasión palpitante, risueña y exhalante de los otros, solo fluir, derramarse en su torrente sanguíneo; volverse muy pequeño, sin nombre en el tumulto, ser solo un

infusorio en el lodo del mundo, un ser tembloroso de placer, centelleante en el charco con las miríadas— pero solo entrar en la plenitud, bajar al torbellino, lanzarme como una flecha desde mi propia tensión hacia lo desconocido, hacia algún cielo de comunidad.

Ahora lo sé: estaba borracho entonces. En mi sangre todo bullía junto, el martilleo de las campanas de los carruseles, la fina risa de placer de las mujeres que brotaba bajo el agarre de los hombres, la música caótica, las ropas vibrantes. Cada sonido individual caía agudamente en mí y luego parpadeaba de nuevo, rojo y palpitante, junto a mis sienes; sentía cada contacto, cada mirada con una fantástica excitación de los nervios (como en el mareo), pero todo junto en una conexión vertiginosa. Es imposible que exprese mi complicado estado con palabras, lo más que puedo lograrlo es quizá con una comparación: si digo que estaba abarrotado de ruido, estruendo, sentimiento, sobrecalentado como una máquina que corre frenéticamente con todas sus ruedas para escapar de la enorme presión que al instante siguiente debe reventarle el pecho. En las yemas de los dedos me crispaba, en las sienes me palpitaba, en la garganta me oprimía, en las sienes me ahogaba la sangre calentada —de una tibieza de sentimiento de años había caído de repente en una fiebre que me quemaba. Sentí que ahora debía abrirme, salir de mí con una palabra, con una mirada, comunicarme, derramarme, entregarme, entregarme, vulgarizarme, liberarme — salvarme de alguna manera de esta dura costra de silencio que me separaba del elemento cálido, fluido y vivo. Hacía horas que no hablaba, que no estrechaba la mano de nadie, que no sentía la mirada de nadie interrogante y partícipe contra la mía, y ahora, bajo la avalancha de los acontecimientos, esta excitación se acumulaba contra el silencio. Nunca, nunca había tenido tanta necesidad de comunicación, de un ser humano, como ahora, que me agitaba en medio de miles y decenas de miles, rodeado por todas partes de calor y palabras, y sin embargo separado del torrente circulatorio de esta plenitud. Era como alguien que se muere de sed en el mar. Y mientras tanto veía, aumentando esta tortura con cada mirada, cómo a derecha e izquierda, en cada segundo, lo ajeno se unía al

rozarse, cómo las bolitas de mercurio, por así decirlo, se juntaban jugando. Me entró envidia cuando vi cómo los jóvenes, al pasar, hablaban con chicas desconocidas y, tras la primera palabra, ya las tomaban del brazo, cómo todo se encontraba y se unía: un saludo en el carrusel, una mirada al rozarse, bastaban para que lo ajeno se fundiera en una conversación, quizá para disolverse de nuevo a los pocos minutos, pero aun así era un vínculo, una unión, una comunicación, era aquello por lo que todos mis nervios ardían ahora. Pero yo, diestro en la conversación social, causeur apreciado y seguro en las formas, me moría de miedo, me avergonzaba dirigirme a una de estas criadas de anchas caderas, por temor a que se riera de mí, sí, bajaba los ojos si alguien me miraba por casualidad, y sin embargo por dentro me consumía el deseo de la palabra. Lo que quería de la gente no me quedaba claro ni a mí mismo, solo que no soportaba más estar solo y quemarme en mi fiebre. Pero todos pasaban de largo, cada mirada me barría, nadie quería sentirme. Una vez, un muchacho se acercó a mí, de doce años, con ropas harapientas: su mirada estaba brillantemente iluminada por el reflejo de las luces, miraba con tanto anhelo los caballos de madera que se balanceaban. Su boca estrecha estaba abierta como sedienta: evidentemente, ya no tenía dinero para montar, y solo absorbía placer de los gritos y las risas de los demás. Me abrí paso violentamente hacia él y le pregunté —pero, ¿por qué me temblaba tanto la voz y era tan aguda y entrecortada?—: «¿No le gustaría montar una vez?». Se quedó mirando, se asustó —¿por qué?, ¿por qué?—, se puso rojo como la sangre y se fue corriendo sin decir una palabra. Ni siquiera un niño descalzo quería una alegría de mí: debía de haber algo terriblemente extraño en mí, sentí, para que no pudiera mezclarme en ninguna parte, sino que flotara aislado en la espesa masa como una gota de aceite en el agua agitada.

Pero no cejé: no podía seguir solo. Los pies me ardían en los zapatos de charol empolvados, la garganta estaba oxidada por el humo removido. Miré a mi alrededor: a derecha e izquierda, entre las callejuelas humanas que fluían, había pequeñas islas de verdor, tabernas con manteles rojos y bancos de madera desnudos, en los

que se sentaban los pequeños burgueses con su vaso de cerveza y su virginia dominical. La vista me atrajo: aquí se sentaban extraños juntos, se unían en la conversación, aquí había un poco de calma en la fiebre salvaje. Entré, examiné las mesas hasta que encontré una donde se sentaba una familia burguesa, un artesano gordo y fornido con su mujer, dos chicas alegres y un niño pequeño. Mecían las cabezas al ritmo de la música, bromeaban entre sí, y sus miradas satisfechas y despreocupadas me sentaron bien. Saludé cortésmente, toqué una silla y pregunté si podía tomar asiento. Inmediatamente su risa cesó, por un momento guardaron silencio (como si cada uno esperara que el otro diera su consentimiento), luego la mujer dijo, como sorprendida: «¡Por favor! ¡Por favor!». Me senté y tuve inmediatamente la sensación de que, al sentarme, aplastaba su humor desinhibido, pues de inmediato se extendió por la mesa un silencio incómodo. Sin atreverme a levantar los ojos del mantel de cuadros rojos, en el que se veían sal y pimienta esparcidas de forma grasienta, sentí que todos me observaban extrañados, y de inmediato caí en la cuenta —idemasiado tarde!— de que era demasiado elegante para esta taberna de criados con mi traje de Derby, mi sombrero de copa parisino y la perla en mi corbata gris paloma, que mi elegancia, el perfume de lujo, también aquí, creaba inmediatamente a mi alrededor una capa de aire de hostilidad y confusión. Y este silencio de las cinco personas me oprimía cada vez más contra la mesa, cuyos cuadros rojos contaba una y otra vez con una desesperación crispada, clavado por la vergüenza de levantarme de repente, y sin embargo demasiado cobarde para alzar la mirada atormentada. Fue una liberación cuando finalmente llegó el camarero y puso el pesado vaso de cerveza delante de mí. Entonces pude por fin mover una mano y, al beber, mirar tímidamente por encima del borde: efectivamente, los cinco me observaban, sin odio, es cierto, pero con una extrañeza sin palabras. Reconocieron al intruso en su mundo monótono, sintieron con el instinto ingenuo de su clase que yo quería algo aquí, buscaba algo aquí que no pertenecía a mi mundo, que no era el amor, ni la inclinación, ni la simple alegría por el vals, por la cerveza, por el tranquilo sentarse dominical lo que me impulsaba hasta aquí, sino

algún anhelo que no entendían y del que desconfiaban, así como el niño ante el carrusel había desconfiado de mi regalo, como los mil anónimos de ahí fuera, en el gentío, se apartaban de mi elegancia, de mi mundanidad, con una hostilidad inconsciente. Y sin embargo sentía: si ahora encontrara una palabra de saludo inocente, simple, cordial, verdaderamente humana para ellos, el padre o la madre me responderían, las hijas sonreirían halagadas, podría ir con el niño a disparar a una caseta y divertirme infantilmente con él. En cinco, en diez minutos estaría liberado de mí mismo, envuelto en la atmósfera inocente de una conversación burguesa, de una familiaridad gustosamente concedida e incluso halagada —pero esta palabra simple, este primer comienzo de conversación, no lo encontraba, una vergüenza falsa, tonta, pero abrumadora, me ahogaba la garganta, y me senté con la mirada baja como un criminal en la mesa de esta gente sencilla, envuelto en la tortura de haberles perturbado, con mi presencia crispada, la última hora del domingo. Y en este estar sentado absorto expié todos los años de altivez indiferente, en los que había pasado de largo ante miles de mesas como esta, ante millones y millones de personas fraternales sin una mirada, ocupado únicamente con el favor o el éxito en aquel estrecho círculo de la elegancia; y sentí que el camino recto, el lenguaje desinhibido hacia ellos, ahora que los necesitaba en la hora de mi destierro, estaba tapiado desde dentro.

Así estuve sentado, un hombre libre hasta entonces, dolorosamente encogido sobre mí mismo, contando una y otra vez los cuadros rojos del mantel, hasta que finalmente pasó el camarero. Lo llamé, pagué, me levanté del vaso de cerveza apenas probado, saludé cortésmente. Me agradecieron amablemente y asombrados: supe, sin volverme, que ahora, apenas les diera la espalda, la alegría vital volvería a apoderarse de ellos, el cálido círculo de la conversación se cerraría en cuanto yo, el cuerpo extraño, fuera expulsado.

De nuevo me lancé, pero ahora con más avidez, más ardor y más desesperación, al torbellino de la gente. El gentío se había vuelto entretanto más ralo bajo los árboles que inundaban de negro el

cielo, ya no se agolpaba ni se arremolinaba tan denso y fluyente en el círculo de luz de los carruseles, sino que solo zumbaba más bien de forma sombría en el borde más exterior de la plaza. También el tono estruendoso, profundo, como si respirara placer, de la multitud se fragmentó en muchos pequeños ruidos, que eran lanzados siempre de la misma manera cuando ahora la música en algún lugar comenzaba violenta y rabiosa, como si quisiera atraer de nuevo a los que huían. Ahora aparecía otro tipo de rostros: los niños con sus globos y confeti de papel ya se habían ido a casa, también las familias dominicales que rodaban anchas se habían retirado. Ahora ya se veían borrachos vociferando, muchachos desaliñados con andares holgazanes y a la vez inquisitivos que se adelantaban desde las callejuelas laterales: en la hora en que había estado clavado ante la mesa ajena, este extraño mundo se había deslizado más hacia lo vulgar. Pero precisamente esa atmósfera fosforescente de descaro y peligrosidad me gustaba de alguna manera más que la burguesa y dominical de antes. El instinto excitado en mí olfateaba aquí una tensión similar de la avidez; en el deambular de estas figuras dudosas, de estos marginados de la sociedad, me sentía de alguna manera reflejado: también ellos merodeaban aquí con una inquieta expectación en busca de una aventura fugaz, una rápida excitación, e incluso a ellos, a estos muchachos harapientos, los envidiaba por la manera abierta y libre de su vagabundeo; pues yo estaba de pie, presionado contra la columna de un carrusel, respirando, impaciente por expulsar de mí la presión del silencio, la tortura de mi soledad, y sin embargo incapaz de un movimiento, de una llamada, de una palabra. Solo estaba de pie y miraba fijamente la plaza, que estaba iluminada por el reflejo palpitante de las luces giratorias, de pie y mirando desde mi isla de luz hacia la oscuridad, observando tontamente y con expectación a toda persona que, atraída por el brillo deslumbrante, se volvía por un momento. Pero cada ojo se deslizaba fríamente sobre mí. Nadie me quería, nadie me liberaba.

Sé que sería una locura describir o siquiera intentar explicar a alguien que yo, un hombre culto y elegante de la sociedad, rico, independiente, amigo de los mejores de una ciudad de millones de

habitantes, permanecí una hora entera aquella noche junto al poste de un carrusel del Prater que chirriaba desafinadamente y giraba sin descanso, dejando pasar veinte, cuarenta, cien veces la misma polca tropezante, el mismo vals arrastrado con las mismas cabezas de caballo idiotas de madera pintada, y por un despecho obstinado, por un sentimiento mágico de forzar el destino a mi voluntad, no me moví del sitio. Sé que actué sin sentido en aquella hora, pero en esta obstinación sin sentido había una tensión del sentimiento, una crispación tan acerada de todos los músculos como la que los hombres quizá solo sienten en una caída, justo antes de la muerte; toda mi vida, que había transcurrido vacía, había refluído de repente y se acumulaba hasta la garganta. Y por mucho que me torturara mi delirio sin sentido de quedarme, de permanecer hasta que alguna palabra, alguna mirada de un ser humano me liberara, tanto disfrutaba de esta tortura. Expiaba algo con este estar de pie junto al poste, no tanto aquel robo como lo monótono, lo tibio, lo vacío de mi vida anterior: y me había jurado no irme hasta que se me diera una señal, hasta que el destino me liberara.

Y cuanto más avanzaba aquella hora, más se acercaba la noche. Una tras otra, las luces de las casetas se apagaron, y cada vez la oscuridad avanzaba como una marea creciente, engullendo la mancha de luz sobre el césped: cada vez más solitaria estaba la isla iluminada en la que yo me encontraba, y ya miraba el reloj temblando. Un cuarto de hora más, y los caballos moteados de madera se detendrían, las bombillas rojas y verdes de sus simples frentes se apagarían, el organillo hinchado dejaría de machacar. Entonces estaría completamente en la oscuridad, completamente solo aquí en la noche que susurraba suavemente, completamente expulsado, completamente abandonado. Cada vez más inquieto miraba por encima de la plaza crepuscular, por la que solo muy de vez en cuando pasaba apresuradamente una parejita que volvía a casa o unos muchachos se tambaleaban borrachos: pero al otro lado, en las sombras, todavía temblaba una vida oculta, inquieta y excitante. A veces se oía un silbido o un chasquido suave cuando pasaban unos hombres. Y si, atraídos por la llamada, se dirigían

hacia la oscuridad, entonces susurraban voces de mujeres en las sombras, y a veces el viento traía jirones de risas estridentes. Y poco a poco se asomaba con más descaro por el borde de la oscuridad, hacia el cono de luz de la plaza iluminada, para volver a sumergirse inmediatamente en la negrura en cuanto el casco de pinchos de un policía brillaba en el reflejo de la farola al pasar. Pero apenas seguía su ronda, las sombras fantasmales volvían a estar allí, y ahora podía verlas ya claramente en su contorno, tan cerca se atrevían a acercarse a la luz, la última escoria de aquel mundo nocturno, el lodo que quedaba ahora que la corriente humana líquida se había dispersado: unas cuantas prostitutas, las más pobres y marginadas, que no tienen cama propia, duermen de día en un colchón y de noche vagan sin descanso, que abrían su cuerpo gastado, profanado y flaco a cualquiera por una pequeña moneda de plata aquí en algún lugar de la oscuridad, acechadas por la policía, impulsadas por el hambre o por algún granuja, siempre vagando en la oscuridad, cazando y siendo cazadas a la vez. Como perros hambrientos, se acercaban poco a poco olfateando hacia la plaza iluminada en busca de algo masculino, de algún rezagado olvidado al que pudieran sonsacarle su placer por una o dos coronas, para luego comprarse un vino caliente en un café popular y conservar el muñón de vida que parpadeaba turbiamente y que, de todos modos, pronto se extinguiría en un hospital o en una prisión.

Era la escoria, la última sentina de la sensualidad hinchada de la masa dominical —con un horror sin límites veía ahora a estas figuras hambrientas deambular desde la oscuridad. Pero también en este horror había un placer mágico, pues incluso en este espejo, el más sucio, reconocía cosas olvidadas y vagamente sentidas: aquí había un mundo profundo y pantanoso que había atravesado hacía años y que ahora, fosforescente, volvía a brillar en mis sentidos. ¡Qué extraño lo que esta noche fantástica me presentaba de repente, cómo me desplegaba a mí, el cerrado, de modo que lo más oscuro de mi pasado, lo más secreto de mi instinto, yacía ahora abierto en mí! Un sentimiento sordo surgió de años de infancia sepultados, donde la mirada tímida, atraída por la curiosidad y sin embargo

cobardemente turbada, se había aferrado a tales figuras, el recuerdo de la hora en que por primera vez se había seguido a una de ellas por una escalera chirriante y húmeda hasta su cama —y de repente, como si un relámpago hubiera partido un cielo nocturno, vi con nitidez cada detalle de aquella hora olvidada, el grabado al óleo barato sobre la cama, el amuleto que llevaba en el cuello, sentí cada fibra de entonces, la bochornosa incertidumbre, el asco y el primer orgullo de niño. Todo eso me inundó de repente el cuerpo. Una clarividencia sin medida fluyó de repente en mí, y —¡cómo podría decir esto, esto infinito!— comprendí de repente todo lo que me unía con una compasión tan ardiente a aquellos seres, precisamente porque eran la última escoria de la vida, y mi instinto, una vez excitado por el crimen, sentía desde dentro este merodear hambriento, tan similar al mío en esta noche fantástica, esta apertura criminal a todo contacto, a todo placer ajeno y casual. Magnéticamente me atraía hacia allí, la cartera con el dinero robado ardía de repente caliente sobre mi pecho, al sentir allá al otro lado, por fin, seres, personas, algo blando, que respiraba, que hablaba, que quería algo de otros seres, quizá también de mí, de mí, que solo esperaba entregarme, que ardía en mi frenética disposición hacia la gente. Y de repente comprendí lo que impulsa a los hombres hacia tales criaturas, comprendí que rara vez es solo el calor de la sangre, un cosquilleo creciente, sino la mayoría de las veces solo el miedo a la soledad, a la espantosa extrañeza que de otro modo se alza entre nosotros y que mi sentimiento inflamado sentía hoy por primera vez. Recordé cuándo había sentido esto vagamente por última vez: había sido en Inglaterra, en Manchester, una de esas ciudades de acero que rugen con un ruido como el de un metro en un cielo sin luz y que, sin embargo, tienen al mismo tiempo una helada de soledad que penetra por los poros hasta la sangre. Había vivido allí tres semanas con parientes, por las noches siempre errando solo por bares y clubes y una y otra vez en el brillante music hall, solo para sentir algo de calor humano. Y allí, una noche, había encontrado a una de esas personas, cuyo inglés callejero apenas entendía, pero de repente uno estaba en una habitación, bebía risas de una boca extraña, había un cuerpo cálido, terrenalmente cercano y suave. De

repente se desvanecía la ciudad fría y negra, el espacio sombrío y ruidoso de la soledad, un ser que no se conocía, que solo estaba allí esperando a quien viniera, lo disolvía a uno, dejaba que todo el consuelo se derritiera: uno respiraba de nuevo libremente, sentía la vida en una ligera claridad en medio de la cárcel de acero. ¡Qué maravilloso era para los solitarios, para los encerrados en sí mismos, saber esto, intuir esto, que para su angustia siempre hay algún apoyo, aferrarse a él, aunque esté sucio de muchos manoseos, rígido de vejez, carcomido por un óxido venenoso! Y esto, precisamente esto, lo había olvidado en la hora de la más profunda soledad, de la que emergía tambaleándome en esta noche, que en algún último rincón siempre esperan estos últimos, para acoger en sí toda entrega, para dejar reposar en su aliento toda desolación, para enfriar todo ardor por una pequeña moneda, siempre demasiado pequeña para lo inmenso que dan con su eterna disposición, con el gran regalo de su presencia humana.

A mi lado, el organillo del carrusel volvió a sonar estruendosamente. Era la última ronda, la última fanfarria de la luz giratoria hacia la oscuridad, antes de que el domingo se hundiera en la monótona semana. Pero ya no venía nadie, los caballos corrían vacíos en su círculo demencial, la mujer agotada en la taquilla ya arañaba y contaba la recaudación del día, y el recadero venía con los ganchos, dispuesto a bajar estrepitosamente las persianas de la caseta después de esta última ronda. Solo yo, yo solo, seguía allí, apoyado en el poste, y miraba hacia la plaza vacía, donde solo estas figuras revoloteantes como murciélagos se movían, buscando como yo, esperando como yo, y sin embargo con el espacio impenetrable de la extrañeza entre nosotros. Pero ahora una de ellas debió de haberme notado, pues se acercó lentamente, la vi muy de cerca bajo la mirada baja: un ser pequeño, tullido, raquítico, sin sombrero, con un jirón de vestido de mal gusto, bajo el cual asomaban unos zapatos de baile gastados, todo ello probablemente comprado poco a poco a ropavejeras o a un trapero y desde entonces vendido, aplastado por la lluvia o en alguna sucia aventura en la hierba. Se acercó halagadora, se detuvo a mi lado, lanzando la mirada aguda

como un anzuelo y una sonrisa invitadora sobre los malos dientes. Se me cortó la respiración. No podía moverme, no podía mirarla y sin embargo no podía arrancarme de allí: como en una hipnosis, sentí que un ser humano merodeaba a mi alrededor con avidez, que alguien me cortejaba, que finalmente podía desechar esta horrible soledad, este atormentador destierro con una sola palabra, un solo gesto. Pero no podía moverme, rígido como la viga en la que me apoyaba, y en una especie de impotencia voluptuosa solo sentí — mientras la melodía del carrusel ya se desvanecía cansada— la presencia cercana, esta voluntad que me cortejaba, y cerré los ojos por un momento para sentirme completamente inundado por esta atracción magnética de algo humano desde la oscuridad del mundo.

El carrusel se detuvo, la melodía valseante se ahogó con un último sonido gemebundo. Abrí los ojos y justo vi cómo la figura a mi lado se apartaba. Evidentemente, le resultaba demasiado aburrido esperar aquí junto a un hombre que permanecía rígido como la madera. Me asusté. De repente sentí un frío intenso. ¿Por qué la había dejado ir, al único ser humano de esta noche fantástica que se había acercado a mí, que se me había abierto? Detrás de mí se apagaron las luces, las persianas enrollables bajaron con un crujido estrepitoso. Se había acabado.

Y de repente —ay, ¿cómo describir esta espuma caliente, esta espuma que brota súbitamente?— de repente —llegó tan bruscamente, tan caliente, tan rojo, como si se me hubiera reventado una vena en el pecho— brotó de mí, el orgulloso, el altivo, completamente atrincherado en una fría dignidad social, como una oración muda, como un espasmo, como un grito, el deseo infantil y para mí, sin embargo, tan inmenso, de que esta pequeña, sucia y raquítica prostituta volviera a girar la cabeza para que yo pudiera hablarle. Pues no era demasiado orgulloso para seguirla —mi orgullo estaba aplastado, pisoteado, arrastrado por sentimientos completamente nuevos—, pero sí demasiado débil, demasiado indeciso. Y así permanecí allí, temblando y trastornado, aquí solo, en el poste de tortura de la oscuridad, esperando como nunca había esperado desde mis años de infancia, como solo una vez había

estado ante una ventana al atardecer, cuando una mujer extraña comenzó a desvestirse lentamente y siempre dudaba y se demoraba en su inconsciente desnudez —estuve de pie, gritando a Dios con alguna voz desconocida para mí mismo por el milagro de que esta cosa tullida, este último desecho de la humanidad, lo intentara una vez más conmigo, que volviera a dirigir su mirada hacia mí.

Y —se volvió. Una vez más, miró hacia atrás, de forma completamente mecánica. Pero tan fuerte debió de ser mi sobresalto, el impulso de mi sentimiento tenso en la mirada, que se detuvo a observar. Se giró a medias una vez más, me miró a través de la oscuridad, sonrió y me hizo un gesto de invitación con la cabeza hacia el lado sombreado de la plaza. Y por fin sentí que el terrible hechizo de la rigidez se deshacía en mí. Pude volver a moverme y le asentí afirmativamente.

El pacto invisible se había cerrado. Ahora ella iba delante por la plaza crepuscular, volviéndose de vez en cuando para ver si la seguía. Y yo la seguí: el plomo se había caído de mis rodillas, podía volver a mover los pies. Magnéticamente me impulsaba hacia adelante, no caminaba conscientemente, sino que fluía, por así decirlo, arrastrado por una fuerza misteriosa, detrás de ella. En la oscuridad del callejón entre las casetas, ella aminoró el paso. Ahora estaba a su lado.

Me miró unos segundos, inquisitiva y desconfiada: algo la hacía dudar. Evidentemente, mi extraña y tímida actitud, el contraste del lugar y mi elegancia, le resultaban de algún modo sospechosos. Miró a su alrededor varias veces, vaciló. Luego dijo, señalando hacia la prolongación del callejón, que era negro como una garganta de mina: «Vamos para allá. Detrás del circo está todo oscuro».

No pude responder. Lo terriblemente vulgar de este encuentro me aturdía. Hubiera preferido liberarme de alguna manera, comprar mi libertad con un trozo de dinero, con una excusa, pero mi voluntad ya no tenía poder sobre mí. Me sentía como en un trineo, cuando en una curva, derrapando, se desciende por una pendiente de nieve empinada a una velocidad vertiginosa y la sensación de angustia

mortal se mezcla de alguna manera voluptuosamente con la embriaguez de la velocidad y uno, en lugar de frenar, se entrega a la caída con una debilidad vacilante y sin embargo consciente. Ya no podía volver atrás y quizá ya no quería, y ahora, mientras ella se apretaba a mí con familiaridad, tomé sin querer su brazo. Era un brazo muy delgado, no el brazo de una mujer, sino como el de una niña escrofulosa y con retraso en el crecimiento, y apenas lo sentí a través del fino abrigo, me invadió, en medio de la tensa sensación, una piedad muy suave y fluida por este miserable y pisoteado trozo de vida que esta noche había arrojado contra mí. Y sin querer, mis dedos acariciaron estas articulaciones débiles y enfermizas tan puramente, tan reverentemente, como nunca había tocado a una mujer.

Cruzamos una calle débilmente iluminada y entramos en un pequeño bosquecillo, donde las copas de los árboles macizos mantenían una oscuridad sorda y maloliente. En ese momento me di cuenta, aunque apenas se podía distinguir un contorno, de que ella se volvía con mucho cuidado junto a mi brazo y, unos pasos más tarde, una segunda vez. Y extraño: mientras me deslizaba, como en un aturdimiento, hacia la sucia aventura, mis sentidos estaban, sin embargo, terriblemente despiertos y centelleantes. Con una clarividencia a la que nada se le escapaba, que arrastraba hacia sí cada movimiento con conocimiento, me di cuenta de que algo nos seguía sigilosamente por detrás, al borde del camino que habíamos cruzado, y me pareció oír un paso furtivo. Y de repente —como un relámpago que salta blanco y crepitante sobre un paisaje— intuí, supe todo: que iba a ser atraído aquí a una trampa, que los chulos de esta prostituta acechaban detrás de nosotros y que ella me llevaba en la oscuridad a un lugar convenido donde yo debía convertirme en su presa. Con una claridad sobrehumana, como solo la tienen los segundos comprimidos entre la vida y la muerte, vi todo, consideré cada posibilidad. Aún era tiempo de escapar, la calle principal debía estar cerca, pues oía el tranvía eléctrico traquetear allí en las vías, un grito, un silbido podían llamar a la gente: en

imágenes nítidamente perfiladas, todas las posibilidades de huida, de salvación, se agitaron en mí.

Pero extraño: este conocimiento alarmante no me enfrió, sino que solo me acaloró. Hoy, en un momento de vigilia, a la clara luz de un día de otoño, no puedo explicarme del todo lo absurdo de mi acción: sabía, supe de inmediato con cada fibra de mi ser, que me estaba metiendo innecesariamente en un peligro, pero como una fina locura, el presentimiento me recorría los nervios. Sabía que me esperaba algo repugnante, quizá mortal, temblaba de asco de verme arrastrado aquí de algún modo a un crimen, a una vivencia vulgar y sucia, pero precisamente para la embriaguez de la vida, nunca conocida, nunca sospechada, que me inundaba aturdiéndome, incluso la muerte era una curiosidad sombría. Algo —¿era la vergüenza, el miedo a mostrar miedo, o una debilidad?— me empujaba hacia adelante. Me atraía descender a la última cloaca de la vida, jugarme y dilapidar en un solo día todo mi pasado, una audaz voluptuosidad del espíritu se mezclaba con la vulgar de esta aventura. Y aunque olfateaba el peligro con todos mis nervios, lo comprendía con claridad con mis sentidos, con mi entendimiento, seguí adentrándome en el bosquecillo del brazo de esta sucia prostituta del Prater, que me repelía físicamente más de lo que me atraía y de la que sabía que solo me atraía para sus compinches. Pero no podía volver atrás. La gravedad de lo criminal, que por la tarde en la aventura del hipódromo se me había adherido, me arrastraba más y más hacia abajo. Y solo sentía ya el aturdimiento, el vértigo arremolinado de la caída hacia nuevas profundidades y quizá hacia la última: hacia la muerte.

Después de unos pasos se detuvo. De nuevo su mirada voló incierta a su alrededor. Luego me miró expectante: «Bueno... ¿y qué me regalas?».

Ah, claro. Lo había olvidado. Pero la pregunta no me devolvió la sobriedad. Al contrario. Estaba tan feliz de poder regalar, dar, prodigarme. Metí la mano apresuradamente en el bolsillo, le eché toda la plata y un par de billetes arrugados en la mano abierta. Y

ahora sucedió algo tan maravilloso que todavía hoy se me calienta la sangre cuando lo pienso: o bien esta pobre persona se sorprendió de la cuantía de la suma —estaba acostumbrada solo a monedas pequeñas por su sucio servicio—, o bien en mi manera de dar, en el dar alegre, rápido, casi feliz, debió de haber algo inusual para ella, algo nuevo, pues retrocedió, y a través de la oscuridad espesa y maloliente sentí cómo su mirada me buscaba con un gran asombro. Y por fin sentí lo que tanto había echado de menos esta noche: alguien preguntaba por mí, alguien me buscaba, por primera vez vivía para alguien en este mundo. Y que precisamente esta marginada, este ser que llevaba su pobre cuerpo usado a través de la oscuridad como una mercancía y que, sin siquiera mirar al comprador, se había apretujado contra mí, ahora alzara los ojos hacia los míos, que preguntara por el ser humano que había en mí, solo intensificó mi extraña embriaguez, que era clarividente y vacilante a la vez, sabedora y disuelta en una opacidad mágica. Y ya este ser extraño se apretujaba más contra mí, pero no en el cumplimiento profesional de un deber pagado, sino que me pareció sentir algo inconscientemente agradecido, una voluntad femenina de acercamiento en ello. Le tomé suavemente el brazo, el delgado y raquítrico brazo de niña, sentí su pequeño cuerpo tullido y de repente vi, más allá de todo eso, toda su vida: la cama prestada y grasienta en un patio de suburbio, donde dormía desde la mañana hasta el mediodía entre un enjambre de niños extraños, vi a su chulo, que la estrangulaba, a los borrachos que se arrojaban sobre ella eructando en la oscuridad, la cierta sección del hospital a la que la llevaban, el anfiteatro donde su cuerpo desollado, desnudo y enfermo era exhibido como objeto de estudio a jóvenes estudiantes descarados, y luego el final en algún lugar de una comunidad de origen, a la que la habían enviado deportada y donde la dejaban morir como a un animal. Una piedad infinita por ella, por todos, me invadió, algo cálido que era ternura y sin embargo no sensualidad. Una y otra vez le acaricé el pequeño y delgado brazo. Y luego me incliné y la besé, asombrada.

En ese momento, algo crujió detrás de mí. Una rama se partió. Salté hacia atrás. Y ya una voz de hombre, ancha y ordinaria, se echó a reír. «Ahí los tenemos. Ya me lo imaginaba».

Incluso antes de verlos, supe quiénes eran. Ni por un segundo, en medio de todo mi sordo aturdimiento, había olvidado que estaba siendo acechado, sí, mi misteriosa y despierta curiosidad los había esperado. Una figura se adelantó ahora desde los arbustos y detrás de ella una segunda: muchachos asalvajados, plantados con descaro. De nuevo la risa ordinaria. «¡Qué desvergüenza, hacer cochinas aquí! ¡Claro, un señorito! A este lo vamos a pillar ahora». Permanecí inmóvil. La sangre me golpeaba en las sienes. No sentí miedo. Solo esperaba a ver qué sucedería. Ahora estaba por fin en la profundidad, en el último abismo de lo vulgar. Ahora debía llegar el impacto, el estallido, el final, hacia el que me había dejado arrastrar a sabiendas.

La chica había saltado lejos de mí, pero no hacia ellos. Se quedó de alguna manera en el medio: al parecer, el asalto preparado no le resultaba del todo agradable. Los muchachos, a su vez, estaban molestos porque no me movía. Se miraron entre sí, evidentemente esperaban de mí una réplica, una súplica, algún temor. «¡Ajá, no dice nada!», gritó finalmente uno de ellos, amenazador. Y el otro se me acercó y dijo con tono de mando: «Tiene que venir a la comisaría».

Seguí sin responder. Entonces, uno de ellos me puso el brazo sobre el hombro y me empujó ligeramente. «Adelante», dijo.

Caminé. No me resistí, porque no quería resistirme: lo inaudito, lo vulgar, lo peligroso de la situación me aturdí. Mi cerebro permanecía completamente despierto; sabía que los muchachos debían temer a la policía más que yo, que podía comprar mi libertad con unas pocas coronas —pero quería saborear hasta el fondo la profundidad de lo horrible, disfrutaba de la espantosa humillación de la situación en una especie de impotencia consciente. Sin prisa, de forma completamente mecánica, caminé en la dirección en la que me habían empujado.

Pero precisamente el hecho de que caminara hacia la luz tan silencioso, tan pacientemente, pareció confundir a los muchachos. Cuchichearon en voz baja. Luego empezaron de nuevo a hablar entre ellos, deliberadamente en voz alta. «Déjalo ir», dijo uno (un tipo pequeño con la cara picada de viruela); pero el otro replicó, aparentemente severo: «No, eso no puede ser. Si esto lo hace un pobre diablo como nosotros, que no tiene nada que comer, lo encierran. Pero un señorito así... tiene que haber un castigo». Y oí cada palabra y oí en ellas su torpe súplica para que yo empezara a negociar con ellos; el criminal en mí entendía al criminal en ellos, entendía que querían atormentarme con miedo y yo los atormentaba con mi sumisión. Era una lucha silenciosa entre nosotros, y —¡oh, qué rica era esta noche!— sentí, en medio de un peligro mortal, aquí en medio del apestoso matorral de la pradera del Prater, entre granujas y una prostituta, por segunda vez en doce horas, el encanto frenético del juego, pero ahora con la apuesta más alta, por toda mi existencia burguesa, sí, por mi vida. Y me entregué a este juego inmenso, a la magia centelleante del azar con toda la fuerza tensa, hasta el punto de romperse, de mis nervios temblorosos.

«Ajá, allí ya está el guardia», dijo detrás de mí una de las voces, «no se va a alegrar mucho el señorito, una semanita sí que va a estar encerrado». Debía sonar malicioso y amenazador, pero oí la vacilante inseguridad. Caminé tranquilamente hacia el resplandor, donde efectivamente brillaba el casco de un policía. Veinte pasos más, y tendría que estar delante de él. Detrás de mí, los muchachos habían dejado de hablar; me di cuenta de que caminaban más despacio; al instante siguiente, lo sabía, debían sumergirse cobardemente en la oscuridad, en su mundo, amargados por la travesura fallida, y quizá desquitar su ira con la desdichada. El juego había terminado: de nuevo, por segunda vez, había ganado hoy, de nuevo había estafado a otro ser humano, extraño y desconocido, su maligno placer. Ya parpadeaba desde el otro lado el pálido círculo de las farolas, y cuando ahora me di la vuelta, vi por primera vez los rostros de los dos muchachos: había amargura y una vergüenza agazapada en sus ojos inseguros. Se detuvieron de una manera

oprimida y decepcionada, dispuestos a saltar de nuevo a la oscuridad. Porque su poder había terminado: ahora era yo a quien temían.

En ese momento, de repente, me invadió —y fue como si la fermentación interna reventara de repente todas las duelas de mi pecho y el sentimiento se derramara caliente en mi sangre— una piedad tan infinita, tan fraternal, por estos dos seres humanos. ¿Qué habían deseado de mí, ellos, los pobres muchachos hambrientos y harapientos, de mí, el supersaturado, el parásito: unas pocas coronas, unas miserables coronas. Podrían haberme estrangulado allí en la oscuridad, haberme robado, matado, y no lo habían hecho, solo habían intentado de una manera inexperta y torpe asustarme por estas pequeñas monedas de plata que llevaba sueltas en el bolsillo. ¿Cómo podía atreverme yo, el ladrón por capricho, por descaro, el criminal por placer nervioso, a atormentar aún a estos pobres diablos? Y en mi infinita piedad fluyó una vergüenza infinita por haber jugado con su miedo, con su impaciencia, por mi propio placer. Me recompuse: ahora, justo ahora, que estaba a salvo, que ya la luz de la calle cercana me protegía, ahora debía complacerlos, borrar la decepción de estas miradas amargas y hambrientas.

Con un giro repentino, me acerqué a uno de ellos. «¿Por qué quieren denunciarme?», dije, esforzándome por infundir en mi voz un aliento oprimido de miedo. «¿Qué sacan con ello? Quizá me encierren, quizá no. Pero a ustedes no les reporta ningún beneficio. ¿Por qué quieren arruinarme la vida?».

Los dos se quedaron mirando, avergonzados. Lo habían esperado todo ahora, un grito, una amenaza, bajo la cual se habrían encogido como perros gruñendo, pero no esta sumisión. Finalmente, uno dijo, pero nada amenazador, sino como disculpándose: «Tiene que haber justicia. Solo cumplimos con nuestro deber».

Era evidentemente una frase aprendida para tales casos. Y sin embargo, sonaba de alguna manera falsa. Ninguno de los dos se atrevía a mirarme. Esperaban. Y yo sabía lo que esperaban. Que yo suplicara clemencia. Y que les ofreciera dinero.

Todavía recuerdo todo de aquellos segundos. Recuerdo cada nervio que se movió en mí, cada pensamiento que se agitó detrás de mi sien. Y sé lo que mi malvado sentimiento quiso primero: dejarlos esperar, atormentarlos más tiempo, saborear la voluptuosidad de hacerlos esperar. Pero meforcé rápidamente, supliqué, porque sabía que debía liberar por fin el miedo de estos dos. Empecé a representar una comedia de temor, les pedí piedad, que guardaran silencio, que no me hicieran infeliz. Me di cuenta de cómo se avergonzaban, estos pobres diletantes de la extorsión, y cómo el silencio, por así decirlo, se volvía más suave entre nosotros.

Y entonces dije por fin, por fin la palabra que tanto anhelaban. «Yo... yo les doy... cien coronas».

Los tres se sobresaltaron y se miraron. No esperaban tanto, ahora que todo estaba perdido para ellos. Finalmente, uno de ellos, el de la cara picada de viruela con la mirada inquieta, se recompuso. Lo intentó dos veces. No le salía de la garganta. Luego dijo —y sentí cómo se avergonzaba al hacerlo—: «Doscientas coronas».

«Pero dejadlo ya», intervino de repente la chica. «Podéis daros por contentos si os da algo. No ha hecho nada, apenas me ha tocado. Esto es realmente demasiado».

Se lo gritó verdaderamente resentida. Y a mí el corazón me dio un vuelco. Alguien sentía piedad de mí, alguien hablaba por mí, de lo vulgar surgía la bondad, algún oscuro deseo de justicia de una extorsión. ¡Qué bien sentó eso, qué respuesta dio al torrente que había en mí! No, ahora no más jugar con la gente, no atormentarlos en su miedo, en su vergüenza: ¡basta!, ¡basta!

«Bien, pues doscientas coronas».

Los tres guardaron silencio. Saqué la cartera. Muy lentamente, muy abiertamente, la abrí en la mano. De un tirón podrían habérmela arrebatado y huir en la oscuridad. Pero apartaron la vista tímidamente. Había entre ellos y yo un vínculo secreto, ya no de lucha y juego, sino un estado de derecho, de confianza, una relación

humana. Saqué los dos billetes del fajo robado y se los entregué a uno de ellos.

«Muchas gracias», dijo él sin querer, y ya se daba la vuelta. Evidentemente, él mismo sentía lo ridículo de dar las gracias por un dinero extorsionado. Se avergonzaba, y esta vergüenza suya —¡oh, todo lo sentía yo en esta noche, cada gesto se me revelaba!— me oprimía. No quería que un ser humano se avergonzara ante mí, ante mí, que era su igual, ladrón como él, débil, cobarde y sin voluntad como él. Su humillación me atormentaba, y quería quitársela. Así que rechacé su agradecimiento.

«Soy yo quien tiene que darles las gracias», dije, y me sorprendió a mí mismo cuánta cordialidad verdadera brotaba de mi voz. «Si me hubieran denunciado, estaría perdido. Habría tenido que pegarme un tiro, y ustedes no habrían sacado nada de ello. Es mejor así. Yo voy ahora por la derecha y ustedes quizá por el otro lado. Buenas noches».

Guardaron silencio de nuevo un momento. Luego uno dijo «Buenas noches», luego el otro, y por último la prostituta, que había permanecido completamente en la oscuridad. Sonó muy cálido, muy cordial, como un deseo verdadero. Por sus voces sentí que, en algún lugar profundo y oscuro de su ser, me querían, que nunca olvidarían este extraño segundo. En la cárcel o en el hospital, quizá se acordaran de él alguna vez: algo de mí vivía en ellos, les había dado algo. Y este placer de dar me llenó como ningún sentimiento lo había hecho antes.

Caminé solo por la noche hacia la salida del Prater. Todo lo oprimido se había desprendido de mí, sentí cómo me derramaba en una plenitud nunca conocida, yo, el perdido, hacia el mundo entero e infinito. Sentí todo como si viviera solo para mí y yo, a mi vez, estuviera fluidamente conectado con todo. Los árboles me rodeaban negros, susurraban para mí, y yo los amaba. Las estrellas brillaban desde arriba, y yo respiraba su blanco saludo. Unas voces llegaban cantando de alguna parte, y me pareció que cantaban para mí. De repente, todo me pertenecía, desde que había roto la corteza de mi

pecho, y la alegría de entregarme, de prodigarme, me hinchaba hacia todo. ¡Oh, qué fácil es —sentí— hacer feliz y ser feliz uno mismo a partir de la alegría: solo hay que abrirse, y ya fluye de persona a persona la corriente viva, se precipita de lo alto a lo bajo, vuelve a espumar desde la profundidad hacia lo infinito.

A la salida del Prater, junto a una parada de coches, vi a una vendedora ambulante, cansada, inclinada sobre su pequeña mercancía. Tenía panecillos, cubiertos de moho y polvo, y algunas frutas; probablemente llevaba sentada así desde la mañana, inclinada sobre unas pocas monedas, y el cansancio la doblegaba. ¿Por qué no has de alegrarte tú también —pensé— si yo me alegro? Tomé un pequeño trozo de pan de azúcar y le dejé un billete. Ella quiso cambiarlo apresuradamente, pero yo ya seguía adelante y solo vi cómo se sobresaltaba de felicidad, cómo la figura arrugada se enderezaba de repente y solo la boca, paralizada por el asombro, borboteaba mil deseos tras de mí. Con el pan entre los dedos, me acerqué al caballo que colgaba cansado de la lanza, pero ahora se volvió hacia mí y resopló amistosamente. También en su mirada apagada había gratitud por haberle acariciado sus rosadas fosas nasales y haberle ofrecido el pan. Y apenas lo hice, deseé más: hacer más feliz, sentir más cómo con unas pocas monedas de plata, con unos pocos papeles de colores, se podía borrar el miedo, matar la preocupación, encender la alegría. ¿Por qué no había mendigos? ¿Por qué no había niños que quisieran los globos que un cojo canoso y malhumorado arrastraba a casa en gruesos manojos atados a muchos hilos, decepcionado por el mal negocio del largo y caluroso día? Me acerqué a él. «Deme los globos». «Diez céntimos la pieza», dijo desconfiado, pues, ¿qué quería este elegante ocioso a medianoche con los globos de colores? «Démelos todos», dije y le di un billete de diez coronas. Se tambaleó, me miró como deslumbrado, luego me dio temblando el cordel que sostenía todo el manajo. Lo sentí tirar con fuerza del dedo: querían irse, querían ser libres, querían subir al cielo. ¡Pues id, volad a donde deseáis, sed libres! Solté los cordeles, y como muchas lunas de colores se elevaron de repente. De todos lados corría la gente y reía, de la

oscuridad salían los enamorados, los cocheros chasqueaban los látigos y se señalaban mutuamente gritando con los dedos cómo ahora las bolas libres se desplazaban por encima de los árboles hacia las casas y los tejados. Todos se miraban alegremente y se divertían con mi bendita locura.

¡Por qué nunca, nunca había sabido lo fácil y bueno que es dar alegría! De repente, los billetes volvieron a arder en la cartera, me vibraban en los dedos como antes los cordeles de los globos: también ellos querían volar lejos de mí, hacia lo desconocido. Y los tomé, los robados de Lajos y los míos —pues ya no sentía diferencia ni culpa— entre los dedos, dispuesto a esparcirlos a quien quisiera uno. Me acerqué a un barrendero que barría con fastidio la desierta calle del Prater. Creyó que quería preguntarle por alguna calle y me miró malhumorado: le sonreí y le tendí un billete de veinte coronas. Se quedó mirando, sin comprender, luego finalmente lo tomó y esperó a ver qué le pediría. Pero yo solo le sonreí, le dije: «Cómprate algo bueno con esto», y seguí adelante. Miraba siempre a todos lados, por si alguien deseaba algo de mí, y como no venía nadie, ofrecí: a una prostituta que me abordó le regalé un billete, dos a un farolero, uno lo arrojé a la ventana abierta de una panadería en el sótano, y así seguí, dejando una estela de asombro, gratitud y alegría tras de mí, más y más lejos. Finalmente, los arrojé uno a uno y arrugados al vacío, a la calle, a los escalones de una iglesia, y me alegré al pensar en cómo la viejecita en la misa de la mañana encontraría las cien coronas y bendeciría a Dios, cómo un estudiante pobre, una chica, un obrero descubrirían el dinero en su camino, asombrados y sin embargo felices, así como yo mismo, asombrado y feliz, me había descubierto a mí mismo en esta noche.

Ya no podría decir dónde y cómo los esparcí todos, los billetes y finalmente también mi dinero de plata. Era un delirio en mí, un derramarse como en una mujer, y cuando las últimas hojas se hubieron desvanecido, sentí una ligereza como si pudiera volar, una libertad que nunca había conocido. La calle, el cielo, las casas, todo fluía en mí en un sentimiento completamente nuevo de posesión, de pertenencia: nunca, ni en los segundos más ardientes de mi

existencia, había sentido con tanta fuerza que todas estas cosas existían realmente, que vivían y que yo vivía, y que su vida y la mía eran exactamente la misma, la vida grande, la violenta, la vida nunca suficientemente felizmente sentida, que solo el amor comprende, que solo el entregado abarca.

Luego vino un último momento oscuro, y fue cuando, habiendo llegado a casa feliz, metí la llave en mi puerta y el pasillo hacia mis habitaciones se abrió negro. Entonces, de repente, el miedo se apoderó de mí, el miedo de volver ahora a mi antigua vida anterior si entraba en el apartamento de aquel que había sido hasta esta hora, si me acostaba en su cama, si reanudaba la conexión con todo lo que esta noche había disuelto tan bellamente. No, solo no volver a ser este hombre que fui, no más el caballero correcto, insensible, aislado del mundo de ayer y de antaño, ¡preferiblemente caer en todos los abismos del crimen y del horror, pero en la realidad de la vida! Estaba cansado, indeciblemente cansado, y sin embargo temía que el sueño se desplomara sobre mí y arrastrara con su lodo negro todo lo caliente, lo incandescente, lo vivo que esta noche había encendido en mí, y que toda esta vivencia fuera tan fugaz y sin arraigo como un sueño fantástico.

Pero desperté alegremente en una nueva mañana al día siguiente, y nada se había desvanecido del sentimiento que fluía agradecido. Desde entonces han pasado cuatro meses, y la rigidez de antaño no ha vuelto, todavía florezco cálidamente en el día. Aquella embriaguez mágica de entonces, cuando de repente perdí el suelo de mi mundo bajo los pies, me precipité en lo desconocido y en esta caída a mi propio abismo sentí, embriagado y mezclado, el vértigo de la velocidad junto con la profundidad de toda la vida —ese calor volador, ciertamente, se ha ido, pero desde aquella hora siento mi propia sangre caliente con cada respiración y la siento con una voluptuosidad de vivir renovada cada día. Sé que me he convertido en otro hombre con otros sentidos, otra irritabilidad y una conciencia más fuerte. Por supuesto, no me atrevo a afirmar que me haya convertido en un hombre mejor: solo sé que soy más feliz, porque he encontrado algún sentido para mi vida completamente enfriada,

un sentido para el que no encuentro otra palabra que la palabra vida misma. Desde entonces no me prohíbo nada más, porque siento las normas y formas de mi sociedad como insustanciales, no me avergüenzo ni ante los demás ni ante mí mismo. Palabras como honor, crimen, vicio han adquirido de repente un tono frío y metálico, no puedo pronunciarlas sin horror. Vivo dejándome vivir por el poder que entonces sentí por primera vez de forma tan mágica. A dónde me impulsa, no pregunto: quizá hacia un nuevo abismo, hacia aquello que los demás llaman vicio, o hacia algo completamente sublime. No lo sé y no quiero saberlo. Porque creo que solo vive verdaderamente aquel que vive su destino como un misterio.

Nunca, sin embargo —de eso estoy seguro—, he amado la vida con más fervor, y ahora sé que comete un crimen (el único que existe) quien es indiferente a alguna de sus formas y figuras. Desde que comencé a entenderme a mí mismo, entiendo infinitamente muchas otras cosas también: la mirada de un hombre codicioso ante un escaparate puede conmoverme, la cabriola de un perro puede entusiasmarme. De repente presto atención a todo, nada me es indiferente. Leo en el periódico (que antes solo hojeaba en busca de diversiones y subastas) cien cosas cada día que me emocionan, libros que me aburrían se me abren de repente. Y lo más curioso es: de repente puedo hablar con la gente también fuera de lo que se llama conversación. Mi criado, a quien tengo desde hace siete años, me interesa, hablo a menudo con él; el portero, junto al cual antes pasaba de largo como si fuera un pilar móvil, me ha contado recientemente la muerte de su hijita, y me ha conmovido más que las tragedias de Shakespeare. Y esta transformación parece — aunque, para no delatarme, continúo exteriormente mi vida dentro de los círculos del aburrimiento civilizado— volverse gradualmente transparente. Algunas personas son de repente cordiales conmigo, por tercera vez esta semana perros extraños se me han acercado en la calle. Y los amigos me dicen, como a alguien que ha superado una enfermedad, con una cierta alegría, que me encuentran rejuvenecido.

¿Rejuvenecido? Solo yo sé que solo ahora empiezo a vivir de verdad. Ahora bien, esto es probablemente un delirio general, que cada uno cree que todo lo pasado fue siempre solo error y preparación, y comprendo bien la propia presunción de tomar una pluma fría en la mano cálida y viva y escribirse en un papel seco que uno vive de verdad. Pero aunque sea un delirio, es el primero que me hace feliz, el primero que me ha calentado la sangre y me ha abierto los sentidos. Y si registro aquí el milagro de mi despertar, lo hago solo para mí, que sé todo esto más profundamente de lo que mis propias palabras pueden decírmelo. No he hablado de ello con ningún amigo; nunca sospecharon cuán muerto ya estaba, nunca sospecharán cuán floreciente estoy ahora. Y si en medio de esta mi vida viva irrumpiera la muerte y estas líneas cayeran alguna vez en manos de otro, esta posibilidad no me asusta ni me atormenta en absoluto. Pues quien nunca ha sido consciente de la magia de una hora así, entenderá tan poco como yo mismo lo habría entendido hace medio año, que un par de episodios tan fugaces y aparentemente apenas conectados de una sola noche pudieran encender tan mágicamente un destino ya extinguido. Ante él no me avergüenzo, pues no me entiende. Pero quien conoce lo conectado, no juzga y no tiene orgullo. Ante él no me avergüenzo, pues me entiende. Quien una vez se ha encontrado a sí mismo, ya no puede perder nada en este mundo. Y quien una vez ha comprendido al hombre en sí mismo, comprende a todos los hombres.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB